

el proletario

ÓRGANO DEL PARTIDO COMUNISTA INTERNACIONAL

LO QUE DISTINGUE A NUESTRO PARTIDO: la línea que va de Marx-Engels a Lenin, a la fundación de la Internacional Comunista y del Partido Comunista de Italia; la lucha de clase de la Izquierda Comunista contra la degeneración de la Internacional, contra la teoría del "socialismo en un solo país" y la contrarrevolución estaliniana; el rechazo de los Frentes Populares y de los frentes nacionales de la Resistencia; la lucha contra el principio y la praxis democráticas, contra el interclasismo y el colaboracionismo políticos y sindicales, contra toda forma de oportunismo y nacionalismo; la dura obra de restauración de la doctrina marxista y del órgano revolucionario por excelencia — el partido de clase —, en contacto con la clase obrera y su lucha cotidiana de resistencia al capitalismo y a la opresión burguesa, fuera del politiquero personal y electoral, contra toda forma de indiferentismo, seguidismo, movimientismo o aventurerismo "lucharmatista"; el apoyo a toda lucha proletaria que rompa con la paz social y la disciplina del colaboracionismo interclasista, el apoyo a todos los esfuerzos de reorganización clasista del proletariado sobre el terreno del asociacionismo económico, en la perspectiva de la reanudación a gran escala de la lucha de clase, del internacionalismo proletario y de la lucha revolucionaria anticapitalista.

N° 24
Ag.- sept.- Oct. 2021

Precio: Europa: 1'5 €; 3CHF ;
1'5£ América del Norte: US \$ 2
América Latina: US \$ 1'5

Yolanda Díaz ha hablado

La crisis económica abierta por la pandemia Covid-19 ha suscitado en las burguesías de todos los países capitalistas desarrollados una respuesta similar: entendida esta crisis como un *shock* temporal que únicamente debía golpear a la liquidez de las empresas y no a su solvencia (es decir, debía afectar a su capacidad para afrontar sus obligaciones inmediatas de pagos pero no a la tasa de beneficio esperada a largo plazo), todos los recursos de los Estados se utilizaron para salvar lo que se consideraba un bache temporal.

La más importante de estas medidas ha consistido, y consiste aún porque todavía sigue vigente, en ese remedo de nacionalización de la mano de obra proletaria que fueron los Expedientes Temporales de Regulación de Empleo: mediante esta, el Estado burgués exoneró a las empresas con dificultades debidas a la mala situación económica de la obligación de pagar los salarios a sus traba-

(sigue en pág. 6)

EN ESTE NÚMERO

• Crisis económica mundial: ¿en qué punto nos encontramos un año después? (Informe para la reunión general de diciembre de 2020)

Disturbios en Cuba: Ni con la «oposición democrática» ni con el régimen castrista. El proletariado cubano sólo tiene una salida: la lucha de clase.

Francia: Manifestaciones contra el «pase sanitario». ¡La lucha contra el autoritarismo burgués sólo puede llevarse a cabo con posiciones de clase proletarias!

Italia: protestas en muchas ciudades contra el llamado «pase verde», al grito de «libertad, libertad», «¡no a la dictadura sanitaria! ¿Pero qué «libertad»?

Para que el proletariado no sea cada vez más aplastado en la esclavitud salarial y la impotencia social, ¡unificación de todas las capas proletarias, empleadas y desempleadas, contra el colaboracionismo y contra la competencia cada vez más aguda entre proletarios!

La guerra de Afganistán, un ejemplo del desorden mundial generado por el desarrollo caótico y contradictorio del capitalismo en su fase imperialista

Han pasado 20 años desde el 11 de septiembre de 2001, fecha del atentado de Al Qaeda contra las Torres Gemelas de Nueva York. Ni siquiera un mes después, el 7 de octubre, cuando fracasaron las negociaciones entre Washington y el gobierno talibán de Kabul, con el objetivo de entregar a Bin Laden, el líder de Al Qaeda que se escondía en la región nororiental de Afganistán (en la frontera con Pakistán) comenzaron los bombardeos estadounidenses y británicos en Kabul, Qandahar -la casa del líder talibán, el mulá Omar- y Jalalabad, donde se concentraban los campos de entrenamiento talibán. Así comenzó la guerra de Estados Unidos y la OTAN contra un país gobernado por los talibanes, a los que se acusaba de proteger al movimiento yihadista más peligroso del mundo, Al Qaeda, protagonista de numerosos atentados terroristas contra objetivos estadounidenses (en África, Yemen y el propio Estados Unidos).

En realidad, Afganistán era un objetivo estratégico para el imperialis-

mo estadounidense en Asia, tanto para situarse entre Rusia y China, apartando a este país también de la influencia de Irán, como para controlar el comercio de opio y hacerse con las tierras raras en las que Afganistán es rico. El imperialismo estadounidense y sus aliados necesitaban un motivo para desencadenar una guerra que llevaban tiempo preparando. Y ¿qué mejor pretexto que luchar contra el «terrorismo yihadista», aniquilando a Al Qaeda, matando a Bin Laden, derrocando al gobierno talibán dirigido por el mulá Omar, apoyando a los rebeldes afganos de la Alianza del Norte e imponiendo un gobierno aceptable para Washington, Londres y todo Occidente? Por otra parte, el «terrorismo internacional» representado por diversas organizaciones y «estados canallas» (como se definía a los estados que no estaban bajo la influencia directa de los imperialistas occidentales, como el Irán de los ayatolá, el Irak de Saddam Hussein, la Libia de Gadafi y el Afga-

(sigue en pág. 2)

¿VIENTOS DE GUERRA EN EUROPA?

En su tercer número de abril, la revista *The Economist* publicó un artículo acerca de las perspectivas que el Alto Mando del Ejército francés tiene de una hipotética guerra «de alta intensidad» que pueda desarrollarse en territorio europeo y «con gran cantidad de bajas civiles». (1) El artículo sirve, por lo tanto, para plantear indirectamente la posibilidad de que alrededor del año 2030 se den los términos para un conflicto a gran escala que afecte a las potencias imperialistas centrales de Europa. Basándose en las conclusiones del grupo de estudio del ejército francés y en las declaraciones de su Jefe del Estado Mayor, Thierry Burkhard, *The Economist* expli-

ca que el supuesto con el que trabajan las fuerzas armadas francesas (y por lo tanto el Estado francés) es que se desarrolle un «enfrentamiento mayor» con Rusia, Turquía o los países del Norte de África de una virulencia «no vista desde la IIª Guerra Mundial». Con vistas a esta situación, en 2023 el ejército francés, junto con el inglés, el belga y el americano, realizarán unas maniobras de entrenamiento en las Ardenas que involucrarán a 10.000 soldados, dando comienzo con ello al plan para preparar a las fuerzas armadas para los posibles enfrentamientos de la próxima década.

Sin alcanzar los altos vuelos de la

(sigue en pág. 9)

La guerra de Afganistán

(viene de la pág. 1)

nistán de los talibanes) se había convertido en el leitmotiv de todas las guerras emprendidas por los imperialismos a partir de los años 90. Organizaciones y estados que, en diferentes momentos, según la conveniencia contingente, han sido sin embargo apoyados, financiados y utilizados por algunos estados imperialistas en contraposición a otros estados imperialistas competidores, como ha sido evidente durante décadas en el caso de Estados Unidos y Rusia, o en el caso de enfrentamientos entre potencias regionales, por ejemplo Arabia Saudí e Irán, o Israel y un buen número de estados árabes. El propio jeque Bin Laden fue apoyado por el imperialismo estadounidense, a través de la CIA, en la guerra de los talibanes contra el invasor ruso entre 1979 y 1989.

Osama bin Laden, en un vídeo grabado en 2001 y emitido por el canal de televisión en lengua árabe de Qatar, Al Jazeera, afirmó que Estados Unidos fracasaría en Afganistán y luego se derrumbaría, como le había ocurrido a la Unión Soviética. El ejemplo tenía sentido, ya que la URSS, en su guerra en Afganistán de 1979 a 1989 en apoyo de un gobierno subordinado, no tuvo éxito contra las guerrillas talibanes y finalmente tuvo que retirarse de Afganistán con el rabo entre las piernas. La guerra de la URSS en Afganistán fue su última gran acción internacional antes de que el régimen capitalista hasta la médula se derrumbara en 1991, iniciando una nueva fase de un «orden mundial» que, en realidad, nunca se definió en términos estables y que todavía hoy constituye más una fase prebélica que un asentamiento mundial. Pero esa es otra historia, que dejaremos para otro debate.

Como es sabido, Osama bin Laden, después de haber escapado durante años a múltiples intentos de asesina-

to, murió el 2 de mayo de 2011 cerca de Islamabad, la capital federal de Pakistán, durante un asalto de las fuerzas especiales estadounidenses al campamento donde se escondía con su familia y otros líderes de Al Qaeda. Habían pasado casi 10 años desde el ataque a las Torres Gemelas de Nueva York y, con la muerte de Bin Laden, Washington declaró que la fase más aguda de la «guerra contra el terrorismo» había terminado... Está a la vista de todos que estas palabras han sido rotundamente desmentidas por la realidad; primero la guerra contra el Irak de Saddam Hussein, luego contra la Libia de Gadafi, después contra la Siria de Assad y la continuación de la guerra en Afganistán, mostraron, por un lado, que el imperialismo sólo puede sobrevivir continuando su política por otros medios, es decir, por medios militares, y, por otro, que los contrastes entre las potencias imperialistas -hoy en día principalmente entre los EE, Rusia y China, junto con Gran Bretaña, Francia, Alemania, Italia, Canadá, España, Turquía, Arabia Saudí, India, Irán, Pakistán, Egipto e Israel, por mencionar a los que, a nivel internacional y local, representan redes de intereses que contrastan entre sí, en cuya defensa se mueven militarmente, son contrastes que están destinados a agudizarse, no a debilitarse.

A mediados de agosto, tras una rápida reconquista de las provincias occidentales y meridionales, los talibanes entraron en Kabul; el avance talibán se produjo en correspondencia con la retirada de las tropas estadounidenses y de la OTAN iniciada en mayo de este año, y la llegada a Kabul fue un juego de niños: el ejército y la policía afganos, sobre el papel 138.000 efectivos en el primer caso y 120.000 en el segundo-, comandados por el gobierno proestadounidense de Ashraf Ghani, en su mayoría podridos y corruptos y, en no poca medida, protalibanes, no ofrecieron prácticamente ninguna resistencia. Mazar-i-Sharif, la última ciudad importante del norte, se rindió el día antes de la caída de Kabul. Según una evaluación de los servicios de inteligencia estadounidenses, recogida por el Washington Post, los talibanes asediaron Kabul en un mes y la conquistaron en tres. En realidad, sólo tardó tres días (1).

En mayo de este año había más de 7.000 soldados de la coalición occidental en Afganistán que, según las declaraciones de Biden, se iban a marchar entre mayo y septiembre, organizando una retirada coordinada con las fuerzas militares del gobierno de Ghani. Hemos visto como este gobierno se ha derretido como la nieve al sol, y la con-

fianza mostrada por Washington al planear una retirada ya decidida por el gobierno de Trump (apoyada por el Pentágono y acordada en febrero de 2020 con los talibanes, India, China y Pakistán) ha chocado con una realidad totalmente subestimada por una ceguera política que Washington ya había mostrado en todas las guerras que había apoyado contra países árabes (Irak, Libia y Siria están ahí para demostrarlo). Como si dijera que el poder de los músculos a veces nubla la inteligencia del cerebro...

Además de la precipitada y desorganizada retirada de las fuerzas militares estadounidenses, británicas, francesas, italianas, españolas, canadienses y otras, de Kabul, tal y como se ha informado en todos los telediarios del mundo, también se ha producido el previsible ataque terrorista del Isis contra la multitud congregada en torno al aeropuerto de Kabul, que ha dejado casi 200 muertos, entre ellos 13 soldados estadounidenses, y cientos de heridos (aunque parece que la reacción de los soldados estadounidenses que dispararon contra los supuestos atacantes contribuyó a matar a los civiles). A la retirada militar se sumó la vergonzosa falta de preparación en cuanto a la seguridad de la retirada del aeropuerto de Kabul, no sólo de los militares, sino de los miles de afganos que inevitablemente habrían acudido al aeropuerto para escapar del régimen talibán. Y pensar que 20 años de guerra emprendida por los imperialistas occidentales en Afganistán deberían, según las grandes proclamas de los dirigentes de todas las cancillerías, haber traído no sólo el fin del terrorismo yihadista, sino también la implantación de la mítica democracia!

La predicción de Bin Laden sobre la derrota de Estados Unidos en Afganistán y su posterior colapso sólo se ha confirmado en parte con su retirada de suelo afgano. ¿Puede el gobierno de la Casa Blanca derrumbarse por esta derrota política en Afganistán? Desde luego que no. Ciertamente la presidencia de Biden, en su primer gran desafío internacional, ha recibido un golpe muy fuerte y no se descarta que los efectos negativos de este golpe se sientan en un futuro próximo hasta el punto de ponerla en grandes dificultades de las que, por supuesto, Trump estaba ansioso por aprovecharse. Otros presidentes ya se han caracterizado por sus aplastantes derrotas -basta pensar en Vietnam, o en la guerra «por delegación» de ocho años entre Irak e Irán (entre 1980 y 1988)- y estos «perances» no han conducido al supuesto debilitamiento del imperialismo estadounidense. Aunque los presidentes pasen, la extraordinaria fuerza del capi-

Dónde puedes encontrar 'EL PROLETARIO'

Librería Primado

Avda. Primado Reig 102
46010 - Valencia

Enclave de Libros

C/ Relatores, 16, 28012 - Madrid

La Rosa del Foc

C/ Joaquim Costa 34 bj 28001 -
Barcelona

Librería Sandoval

Plazuela del Salvador, 6
47002 - Valladolid

talismo estadounidense se mantiene. Y contra este imperialismo sólo un gigante social como el proletariado mundial podrá luchar para vencerlo, cuando se reorganice en el terreno de la lucha de clases y sea dirigido por su partido de clase internacional.

El imperialismo norteamericano, aunque ya no tenga fuerza para ser el único gendarme mundial en defensa del capitalismo mundial, no se hará el favor de quitarse de en medio por una serie de derrotas como la que, por otra parte, está perfectamente anunciada, en Afganistán. Seguirá actuando en defensa del capitalismo mundial, junto y contra otros imperialismos, en guerras locales y en una nueva guerra mundial (porque a eso se dirige inexorablemente), ya que la propia estructura económica del capitalismo desarrolla crisis económicas y políticas cada vez más profundas para las que las clases burguesas que dominan en todos los países nunca podrán encontrar soluciones a las crisis, a no ser que se preparen para otras más generales y violentas -como decía el Manifiesto del Partido Comunista de Marx y Engels en 1848.

¿Qué pasará en Afganistán a partir de ahora?

Más de 775.000 soldados estadounidenses han combatido en Afganistán desde 2001. De ellos, 2.448 han muerto, junto con casi 4.000 contratistas estadounidenses, y unos 20.589 han resultado heridos en acción. Según AssociatedPress, hasta 2021 han muerto 47.245 civiles como consecuencia de la ocupación, pero los activistas de los derechos civiles dan un total más elevado, es decir, 100.000 afganos, en su mayoría no combatientes, que han resultado heridos tres veces más (2). Por otro lado, el Proyecto Coste de la Guerra ha estimado en 241.000 el número de personas que han muerto como consecuencia de la guerra en Afganistán, incluyendo más de 2.400 miembros de las fuerzas armadas estadounidenses y al menos 71.000 civiles, así como 78.000 soldados y policías afganos y 84.000 combatientes de grupos insurgentes (cifras que no incluyen las muertes causadas por enfermedades, pérdida de acceso a alimentos, agua, infraestructuras y otras consecuencias indirectas de la guerra) (3).

¿Cuánto costó esta guerra?

Según el proyecto «CostofWar» de la Universidad de Brown (4), en veinte años Estados Unidos ha gastado un total de 2.261.000 millones de dólares, a los que hay que añadir 443.000 millones de dólares por el aumento del presupuesto del Pentágono en apoyo de la guerra, 296.000 millones para el

cuidado de los veteranos, 59.000 millones en fondos puestos a disposición por el Departamento de Estado y 530.000 millones para cubrir los intereses de los préstamos necesarios para financiar los 20 años de presencia en Afganistán. En resumen, para Estados Unidos fue una de las guerras más caras de la historia: 3.589 mil millones de dólares. Pero también para Italia los costes fueron enormes: 8.700 millones de euros fue el coste final de la presencia militar italiana en Afganistán (incluyendo 840 millones en contribuciones directas a las fuerzas armadas afganas) (5). En 2001, los soldados italianos que formaban parte de la coalición en la guerra de Afganistán (ISAF) eran 350, y luego fueron aumentando progresivamente a lo largo de los años hasta llegar, en 2011, a 4.250, para luego reducirse a 1.000 en 2021 (6). Para el imperialismo italiano, este fue también el conflicto más largo en el que participó, y la guerra más cara. Por otra parte, las ambiciones imperialistas de Italia siempre han sido elevadas, aunque en una posición subordinada a los Estados Unidos, y sólo podrían sostenerse con un gasto militar muy fuerte. En 2021, de hecho, el gasto militar italiano es igual a 24.970 millones de euros, un crecimiento del 8% en comparación con 2021, e incluso del 15,7% en comparación con 2019 (7). ¿Qué sentido tiene gastar tantos miles de millones de euros y dólares en guerras que, de hecho, no cambian el orden mundial más que superficialmente y, desde luego, no difunden la democracia y los derechos civiles, como pretenden los gobiernos occidentales? Sirve a toda potencia imperialista para confirmar su presencia en el marco internacional, a la industria armamentística y a las industrias afines que son sistemáticamente un punto fuerte en el crecimiento económico de cada país, para probar nuevas armas, nuevas técnicas militares, nuevas estrategias y para poner en práctica las innovaciones tecnológicas que a lo largo de los años se suceden y para «ganar experiencia», como siempre han dicho los generales y los políticos burgueses. Sirve a toda potencia imperialista para preparar la próxima guerra en la que, por razones políticas, económicas y militares, participará inevitablemente.

¿Qué harán los soldados que participaron en la guerra de Afganistán una vez que hayan regresado? Se desplegarán en otros destinos... menos los enfermos graves que, como ocurrió durante la guerra de Kosovo en 1999, fueron contaminados por el uranio empobrecido utilizado en las bombas «democráticas» de esa guerra. A petición de Washington, Italia desplegará

una parte de sus soldados y medios militares en Irak, donde ya está presente desde hace casi veinte años en la llamada Misión OTAN Irak; hasta la fecha, está presente con 1.100 soldados, 270 vehículos terrestres y 12 aviones, desplegados entre la base de Erbil (Kurdistán iraquí) y la de Bagdad, pero su presencia se verá incrementada de forma consistente, también porque ha sido designada para comandar la misión militar. Mientras tanto, las tropas estadounidenses, que en agosto de 2020 contaban con 8 mil unidades, se reducirán a 2.500 y se dedicarán, sobre todo, a recopilar información en el país (8). Pero mientras tanto, se está acumulando experiencia para aplicarla a las misiones militares existentes (Italia tiene una importante presencia militar también en Líbano y Kosovo) y para las próximas guerras...

Los talibanes, a los que la amplísima coalición occidental encabezada por Estados Unidos no ha podido doblegar, aglutinan a las distintas tribus bajo una mayoría de etnia pashtún, apoyada por Pakistán e Irán, lo intentarán, como antes tras la retirada de los rusos, para gobernar las provincias del este y del sur, donde ya están atrincherados, e intentarán derrotar la resistencia de los afganos de etnia tayika/uzbeka que forman la Alianza del Norte en la que, por supuesto, los estadounidenses y sus aliados seguirán confiando. Inevitablemente, como en toda la historia de Afganistán, las tribus que se han unido contra un enemigo común comenzarán, una vez terminada la guerra, a enfrentarse entre sí no sólo por los beneficios del comercio del opio (del que Afganistán es el principal productor mundial), sino también para obtener beneficios de las concesiones mineras que inevitablemente se verán obligados a negociar con las potencias que desde hace tiempo han mostrado gran interés por las tierras raras que abundan en el país, pero que la inexistente estructura industrial de la economía afgana y la falta de una infraestructura adecuada hacen imposible que los talibanes puedan explotar. Aquí es donde entran en escena China, India, Rusia y Turquía: durante veinte años han permanecido junto a la ventana observando cómo avanzaba la guerra estadounidense-europea en Afganistán, a la espera de sacar provecho de una derrota que ya era previsible hace varios años.

Sobre el terreno, la guerra en Afganistán deja una crisis económica que agrava aún más las condiciones de vida de las masas campesinas y proletarias afganas, haciéndolas aún más some-

(sigue en pág. 4)

La guerra de Afganistán

(viene de la pág. 3)

tidas a los potentados locales representados sobre todo por los usureros burgueses, los especuladores, los terratenientes y los traficantes de opio y de refugiados, los líderes religiosos y los ricos privilegiados que, de vez en cuando, están dispuestos a aliarse con la potencia imperialista que más les convenga, o a hacer la guerra al invasor extranjero o «nacional» para apoderarse de un territorio que nunca ha llegado a ser una nación en el sentido burgués del término.

Afganistán siempre ha sido un país multiétnico, con una estimación de 31 millones de habitantes en 2018, aunque recientemente otras estadísticas hablan de hasta 40 millones; en cualquier caso, está dividido en diferentes grupos étnicos: entre el 40 y el 42% de pastunes (concentrados principalmente en las provincias del sur, el sureste y el suroeste, pero con varios enclaves en el norte y el noroeste), alrededor del 27% de tayikos (concentrados principalmente en el norte y el oeste), alrededor del 9% de hazari (de confesión chiíta, concentrados en las provincias centrales del país), alrededor del 9% de uzbekos (de confesión suní, concentrados en el norte, cerca de la frontera con Turkmenistán; Es el principal grupo étnico del área cultural turca, al igual que la minoría turcomana) y luego los beluchis y otros; de religión musulmana, el 85% suníes y el 14% chiíes. Y, como ocurre en todos los países, sobre todo en los capitalístamente atrasados, las etnias como tales no aseguran una unidad «nacional», sino que a su vez se subdividen en otros grupos que se distinguen tanto lingüística como culturalmente y, sobre todo, por las tradiciones económico-comunitarias locales conservadas a lo largo del tiempo gracias a una morfología del territorio formada por altas montañas y valles que separan físicamente los grupos humanos establecidos en las distintas provincias.

Afganistán representa en cualquier caso una posición estratégica en Asia Central, y su conquista, desde hace siglos, era ya un objetivo de las potencias coloniales, como Rusia, Persia, India y, sobre todo, Inglaterra, que ya se había apoderado de la Gran India a mediados del siglo XIX (en aquella época la India incluía también los territorios del actual Pakistán, Bangladesh y Birmania). Los conflictos históricos entre Rusia e Inglaterra por Afganistán son bien conocidos, pero también lo es el hecho de que los afganos, un pueblo guerrero que siempre ha luchado contra los invasores extranjeros,

nunca han sido domesticados por ninguna potencia colonial. La invasión rusa de 1979 pretendía estabilizar el gobierno afgano pro-Moscú que se había formado, pero al cabo de diez años Moscú tuvo que soltar el hueso, como tuvieron que hacer los británicos después de nada menos que tres guerras anglo-afganas entre mediados del siglo XIX y 1919; y lo mismo ocurre ahora con Estados Unidos y la gran coalición occidental construida para acabar con los talibanes. A partir de 1920, Afganistán experimentó fases de estabilidad política, cambios de régimen y golpes de Estado. En 1973 Afganistán se convirtió en una república, pero en 1978 el PDPA (Partido Democrático Popular de Afganistán, estrechamente vinculado a Moscú) dio un sangriento golpe de Estado, gracias al cual Afganistán se convirtió en un país amigo de la URSS, aunque manteniendo cierta independencia. En realidad, para ganarse el apoyo de la población campesina, que siempre ha sido la inmensa mayoría del país, el PDPA redistribuyó la tierra a 200.000 familias campesinas, abolió la usura y el diezmo que debían los jornaleros a los terratenientes, bajó los precios de los productos primarios, legalizó los sindicatos e hizo que los servicios sociales fueran estatales. También prohibió los matrimonios forzados y el burka, prohibió los tribunales tribales, lanzó una campaña de alfabetización y escolarización masiva, y construyó escuelas y clínicas médicas en las zonas rurales. Todo esto fue ensalzado por los trotskistas de la época, que veían estas reformas como la «construcción del socialismo» también en Afganistán, justificando la invasión soviética de 1979 porque, decían, defendía el socialismo afgano... no sólo contra Estados Unidos, sino también contra las jerarquías religiosas islámicas que, al ver recortados sus diezmos y abolida la usura, de la que eran beneficiarios, se volcaron en la oposición armada, fomentando la *jiâd* (guerra santa) de los muyahidines (combatientes de la guerra santa) «contra el régimen de los comunistas ateos sin Dios».

El hecho de que en Afganistán no se trataba de «construir el socialismo» estaba claro para nosotros, y esto era tan cierto para Rusia como para cualquier otro país del llamado «campo socialista»; Se trataba de reformas que un gobierno nacionalista burgués debía aplicar tarde o temprano si quería «modernizar» el país y ponerlo en condiciones de ser penetrado por un capitalismo más desarrollado, lo que exigía la eliminación de toda una serie de vínculos feudales y de lazos tribales que no permitían la más amplia circulación del capital y, por tanto, acumu-

lar los excedentes de ganancias que podían generarse precisamente por la superexplotación de los campesinos y proletarios afganos; Sobre todo porque, a través de la URSS, se inició una modernización de las infraestructuras económicas, vinculadas en particular a las minas de minerales raros y a los yacimientos de gas natural, algo que también agradó a Estados Unidos, que comenzó en 1979 a suministrar a los muyahidines armas y ayuda económica, pasando por Pakistán y el comercio clandestino de opio afgano (a pesar de la lucha contra la producción y difusión de drogas). A partir de la presidencia de Reagan, Estados Unidos situó a Afganistán en el centro de sus objetivos políticos y militares en Asia, aunque éstos fueron perseguidos por los muyahidines (elevados para la ocasión a «luchadores por la libertad»), que también recibieron ayuda financiera y organizativa de Osama bin Laden, que entretanto había organizado el movimiento Al Qaeda como lucha de resistencia antirusa y como movimiento fundamentalista islámico mundial. Con el paso del tiempo, como ha ocurrido y sigue ocurriendo en todos los países en los que los imperialistas intervienen militarmente, las alianzas se rompen y se recomponen de otras maneras, de modo que los amigos de ayer se convierten en los enemigos de hoy, y viceversa.

A partir de la derrota de Rusia, Afganistán experimentó continuos cambios de régimen hasta que el Movimiento de Estudiantes Islámicos (talibán), bajo el liderazgo del mulá pashtún Mohammed Omar, al que Estados Unidos encomendó el intento de hacerse con el control del país y eliminar así cualquier resto de influencia rusa. En 1998, los talibanes, organizados en un verdadero ejército gracias a Pakistán, armados por Estados Unidos y financiados por Arabia Saudí, y tras haber tomado Kabul en septiembre de 1996, llegaron a controlar el 90% del país, excepto el famoso valle de Panshir donde se habían concentrado y aún se concentran los antitalibanes de etnia tayika, dirigidos por Massoud, que formarían la Alianza del Norte. Pero los talibanes son tan fundamentalistas islámicos como Al Qaeda y permitieron que Bin Laden instalara la base de su red terrorista en su territorio. Y este será el nudo que Estados Unidos querrá desatar tras el atentado contra las Torres Gemelas de Nueva York, organizado y realizado por Al Qaeda, en septiembre de 2001. A veinte años de esa fecha, Estados Unidos no ha podido desatar ese nudo, aparte de haber eliminado a Bin Laden, y los pequeños talibanes pueden cantar victoria por haber «derrotado», al final, también

al gigante estadounidense.

El 31 de agosto fue la fecha acordada entre los talibanes y Estados Unidos para que todas las fuerzas armadas de la coalición occidental se retiraran de Afganistán, y eso es lo que está ocurriendo: los talibanes han dictado de hecho las condiciones para el «fin de la guerra estadounidense». Ahora, pueden dedicarse a los contrastes internos, no sólo contra los afganos de etnia tayika de Masoud, sino también dentro de ellos mismos, porque las rivalidades y los contrastes en la gestión del poder político y económico volverán a surgir inevitablemente.

La secuela de la guerra americana de veinte años será, política y militarmente, una lucha renovada entre los diversos clanes que quieren dominar Afganistán, con una guerra interburguesa que tenderá a no terminar nunca, aunque habrá algunos períodos en los que una especie de tregua entre las diversas facciones dará esperanzas a los pensadores europeos y americanos de una paz duradera, sostenida por la ayuda «humanitaria» a los refugiados, las inversiones de capital y la constante amenaza de intervención militar -verdadero terrorismo de Estado por parte de los países imperialistas- contra los «terroristas fundamentalistas islámicos» (Isis o cualquier otro movimiento) presentes en el país.

La masa de campesinos, que representa la base real de la población trabajadora afgana, obligada a sobrevivir dividiendo su tiempo entre el cultivo de la adormidera, el cáñamo y el cultivo de productos agrícolas básicos para la subsistencia, será aún más explotada y sometida al abuso de las clases burguesas que seguirán obteniendo poder y riqueza de esta explotación; las masas proletarias y subproletarias que viven en las ciudades y pueblos mineros no tendrán otro futuro que sobrevivir al margen de la agricultura y el comercio, ya que buena parte de las fábricas han sido destruidas por la guerra.

Es evidente que la situación en la que ha caído el proletariado y el campesinado pobre afgano, todavía fuertemente influenciado y organizado por los clanes tribales y los mulás islámicos, no permite esperar, al menos a corto plazo, una insurrección revolucionaria, aunque sea de tipo nacionalista burgués. La presión imperialista ejercida incluso en un país como Afganistán, complica enormemente la tarea incluso para la propia burguesía nacionalista afgana, por no hablar de los proletarios que sufren, como la gran mayoría de los campesinos, la pobreza y el analfabetismo.

Esto no quita que la perspectiva

general del comunismo revolucionario, reafirmada enérgicamente por Lenin en sus tesis sobre la autodeterminación de los pueblos -por tanto, sobre la prioridad de la lucha proletaria contra toda opresión nacional- siga siendo válida a pesar del desarrollo mucho más amplio del imperialismo que en la década de la Primera Guerra Mundial y la primera posguerra. Podríamos decir, tomando prestada la posición de Marx y Engels con respecto a la Rusia zarista, campeona indiscutible de la reacción mundial de la época: cualquier golpe a la reacción representada hoy por el supercampeón del imperialismo mundial, los Estados Unidos de América, es bienvenido. Y la tarea primordial en la lucha contra el imperialismo norteamericano recae en el proletariado norteamericano: el proletariado, en primer lugar, debe luchar contra la burguesía en su país, más aún si ésta oprime a otras naciones, a otros pueblos. Y la misma actitud debe aplicarse a los proletarios de Europa, dado que las burguesías imperialistas europeas, desde la Segunda Guerra Mundial, se reparten estrechamente el poder imperialista en el mundo, aunque se combatan sin tregua política, económica y militarmente. Y qué decir de los proletarios rusos, que durante más de 60 años fueron engañados por un falso socialismo hasta que el derrumbe de la URSS en 1990 se encontró con una dominación burguesa y capitalista que se revelaba en toda su crudeza; o los proletarios chinos que siguen siendo engañados y oprimidos por un partido «comunista» que no es más que la mano política de un capitalismo particularmente agresivo que está asumiendo el papel de la Rusia de Stalin después de la Segunda Guerra Mundial como gendarmería del capitalismo internacional.

El destino del proletariado afgano, como el de los proletarios de todos los países donde las potencias imperialistas han llevado la guerra, la destrucción y la miseria, está inextricablemente ligado a la reanudación de la lucha de clases en los países capitalistas avanzados. Puede parecer utópico, pero la reanudación de la lucha de clases no depende de un ideal que viaja de una mente a otra, ni de la voluntad de un partido o movimiento político que se forma desde abajo; Será el resultado de una serie de factores de crisis económica, social y política que golpearán inevitablemente a los países capitalistas más avanzados, trastocando todo equilibrio, toda paz, todo poder burgués, sacudiendo desde las entrañas más profundas la aparente apatía de gigantescas masas que la propia modernización de la econo-

mía capitalista y sus relaciones internacionales pondrá en marcha, propagando un incendio social que, independientemente de dónde estalle, se extenderá inexorablemente por todo el mundo. En todo este desarrollo histórico, no de meses sino de años, el partido de clase, por muy embrionario que sea -como es nuestro caso-, deberá desarrollarse y vincularse estrechamente al proletariado más consciente y organizado, lo que podrá hacer con la única condición de mantener intransigentemente el rumbo programático y político que la Izquierda Comunista de Italia supo restablecer tras la tremenda derrota de la Revolución de Octubre y de la revolución mundial a causa de la contrarrevolución burguesa que, concretamente, tomó el nombre de Stalin.

(1) Véase https://www.wired.it/attualità/politica/2021/08/16/talebani-afghanistan-kabul-conquista?refresh_ce=

(2) Véase <https://www.micromega.net/afghanistan-sconfitta-annunciata-tariq-ali/>

(3) Véase <https://www.liex.org/2021/06/09/una-guerra-miliardaria-per-non-cambiare-nulla/>

(4) Ibid.

(5) Véase <https://milex.or/2021/08/13/8-miliardi-700-milioni-costi-definitivo-presenza-militare-afghanistan/>

(6) Ibid.

(7) Véase <https://milex.org/2021/05/20/facciamo-luce-sullinfluenza-dellindustria-militare/>

(8) Véase <https://www.affarinternazionali.it/2021/03/italia-alla-guida-della-missione-nato-in-iraq/>, 26.3.2021.

Puntos de contacto

Madrid: para contactar, escribir a la dirección del periódico o al correo electrónico.

Valladolid: Segundos viernes de mes, de 19:30 a 21:00, en el local de la Biblioteca Subversiva Antorchas (C/ Pingüino, 11, barrio de Pajarillos, Valladolid).

Correspondencia :

Para España: Apdo. Correos 27023, 28080 Madrid

Para Italia : Il Comunista, CP 10835, 20110 Milano

Para Francia : Programme, BP 57428, 69347 Lyon Cedex 07

Para Suiza: La dirección está siendo modificada. Para contactar, escribid a la dirección de Lyon.

Yolanda Díaz ha hablado

(viene de la pág. 1)

jadores, haciéndose cargo de ellos previa rebaja de un 30% que el trabajador en ERTE deja de percibir. A efectos prácticos el resultado ha sido que los empresarios tienen libertad para prescindir del llamado factor trabajo cuando lo necesitan, mientras que los trabajadores no pueden abandonar la empresa sino a costa de perder las prestaciones de desempleo, etc. y, además, deben sufragar esta situación viendo su salario rebajado.

Este tipo de medida anti proletaria se ha tomado en prácticamente todas las llamadas economías avanzadas: en Alemania bajo la forma de *Kurzarbeit*, en Reino Unido con los CJRS o en Francia con el «desempleo parcial», en total 42 millones de trabajadores en Europa se han visto afectados de una manera u otra por este tipo de regulación laboral de emergencia que muy probablemente pase a engrosar la lista de políticas económicas comunes en los próximos años, porque supone una herramienta de intervención muy efectiva en un contexto de crisis económica creciente en el cual la mano de obra excedente, es decir, aquella con cuyo empleo la burguesía no logra obtener el beneficio esperado en forma de plusvalía, debe ser expulsada del mercado de trabajo.

En España, el gobierno de coalición PSOE-Podemos ha presentado los ERTEs como un logro propio en materia de protección laboral. Comparando su respuesta sobre este terreno con la tomada por los gobiernos del Partido Popular durante el periodo 2009-2014, pretenden haber dado un giro en la política de protección social, levantando el famoso «escudo» con el que tanto se llenan la boca. Pero lo cierto es que esta medida no es algo original español. Forma parte del recetario que se aprende en todas las facultades de economía del mundo como tipo de política prescrita para casos de drástica pero supuestamente temporal contracción de la actividad productiva. Las medidas tomadas en toda Europa, donde existe una legislación laboral similar a la española, muestran que la única novedad que ha aportado el gobierno español ha sido precisamente su adecuación al marco regulador de las relaciones laborales que rige en España.

Pero existe una peculiaridad que sí es específicamente española: en este país las medidas laborales relacionadas con la crisis Covid-19 han sido puestas en marcha por una ministra que es militante del Partido Comunista. Como es sabido, el ministerio de Trabajo y Economía Social fue una creación del gobierno de coalición a partir del antiguo ministerio de Trabajo y Seguridad Social. Al crearlo se pretendía dar un cargo

simbólico a un ministro de Podemos pero privándole del control de los fondos de la Seguridad Social, uno de las joyas de cualquier Estado moderno. A este ministerio únicamente se pensó en asignar tareas de legislación laboral, pero la llegada de la pandemia y la especial relevancia que entonces cobró esta área de intervención del gobierno auparon a Yolanda Díaz, su titular, al puesto de ministra estrella de Podemos.

Más allá de los ERTEs, la actividad de la ministra ha tenido un único objetivo: garantizar un frente común entre gobierno, patronal y sindicatos en defensa de las medidas de excepción que se han tomado. Obviamente este frente se ha realizado asignando a cada participante un papel distinto. La patronal, representante oficiosa de los intereses del conjunto de la burguesía española, ha marcado las líneas a seguir para garantizar que se cumplieren las exigencias de esta. Los sindicatos han hecho todo el esfuerzo que les ha sido posible para maquillar estas medidas y han frenado en seco cualquier tipo de resistencia a ellas por parte de la clase proletaria, haciéndola aceptar en nombre del bien superior que es la economía nacional todas las imposiciones de la burguesía. El gobierno PSOE-Podemos, finalmente, ha puesto el maquillaje «progresista» y «social» a este reparto de papeles, haciendo pasar unas medidas que han hundido en la miseria a gran cantidad de trabajadores y que todavía penden sobre cualquier proletario como una amenaza que no se suspende, por conquistas sociales. Se ha tratado, efectivamente, de un frente unido entre la burguesía y sus representantes dirigido a asfixiar cualquier tipo de rechazo a una legislación laboral que es la más dura desde que se firmaron los Pactos de la Moncloa en 1977. Los efectos tanto de estas medidas anti obreras como de la presión ejercida sobre el proletariado para que las acepte, se verán en los próximos años y sin duda consistirán en una precarización absoluta del mercado de trabajo, en el que las empresas podrán suspender los contratos el tiempo necesario siempre que lo requieran, y en una fortísima represión contra las iniciativas que, fuera de las políticas del colaboracionismo sindical, puedan levantar los proletarios.

Dejando aparte estas medidas, en lo referido a la importancia ya no del contenido concreto de la legislación laboral aprobada en los dos últimos años, el hecho de que el peso de este frente anti proletario haya recaído en una ministra del PCE resulta bastante significativo. Como es sabido Yolanda Díaz viene de familia sindicalista: sus padres y sus tíos han ocupado puestos importantes en las Comisiones Obreras de Vigo, ciudad industrial por excelencia de la zona noroeste de España, y fue precisamente por ello que, en 2019, en un momento en

el que la crisis del sector del metal que ahora vemos camuflada con las consecuencias de la crisis provocada por la pandemia era ya visible, se eligió a alguien que tiene la lucha contra los proletarios del metal en el abolengo familiar. Se entiende que la experiencia de padres y tíos, que jugaron un papel destacado en CC.OO. de Vigo durante las duras huelgas del final del franquismo ejerciendo las funciones de bomberos sociales que se impusieron desde la cúpula sindical, le sería muy útil a una militante del PCE que es ella misma especialista en Recursos Humanos. Poco más es necesario decir.

Ocupándose del ministerio de Trabajo, Yolanda Díaz estaba llamada a gestionar los envites que la burguesía preveía lanzar contra los proletarios del metal, tal y como ha sucedido en Alcoa, Nissan, Tubacex, Airbus, etc. su experiencia familiar le iba a ser de gran ayuda en estas lides, pero la llegada de la pandemia y de la crisis económica y social que esta ha traído le ha permitido seguir una estrategia mucho más sencilla, en la medida en que todas las acciones contra los proletarios de este sector han podido camuflarse oportunamente debajo de una situación en la que el frente único burgués se ha realizado con toda facilidad y la solidaridad interclasista se le ha impuesto al proletariado sin demasiadas dificultades. Toda la fuerza del populismo de nueva ola que representaba Podemos, toda la «nueva política», queda resumida en el hecho de que, a la hora de lidiar con el proletariado, se recurrió a una estalinista de la vieja escuela.

Con esta historia a sus espaldas y habiendo sido la cara visible de toda la legislación laboral anti proletaria que se ha aprobado en España a lo largo del último año y medio, lo normal sería que un elemento como la ministra de Trabajo hubiese preferido permanecer en un plano secundario. Sin embargo hace pocas semanas el periódico *El País* anunció que Yolanda Díaz había sido la encargada de escribir el prólogo a una nueva edición en español de *El Manifiesto del Partido Comunista* a la vez que publicaba el mismo en primicia.

Con esta publicación, la ministra trata de ir más allá de ser el simple instrumento de una política abiertamente anti proletaria e intenta reivindicar que este papel suyo tiene un mayor calado. El esfuerzo se dirige, por lo tanto, a continuar su labor al servicio de la burguesía fuera del ámbito técnico que le ocupa en el ministerio, dando su contribución también en el terreno de la distorsión y la falsificación de la doctrina marxista. Esta tarea, tan querida a la corriente estalinista a la que Yolanda Díaz y su familia pertenecen, la cumple intentando atacar alguno de los puntos fundamentales de la teoría y buscando apropiarse

de la propia historia del Manifiesto en castellano, como si su prólogo y la nueva edición que se ha publicado se colocasen por encima de los primeros esfuerzos por difundir y defender estas posiciones entre los lectores de lengua española, «corrigiendo» malentendidos, mejorando problemas de traducción que realmente afectan al corazón mismo de la doctrina marxista, etc.

Así, en su escrito, la ministra se dedica a afirmar cosas como que la *dictadura del proletariado* sería una especie de error de traducción, uno de esos «sintagmas y lugares comunes que no se corresponden con el sustrato exacto de sus tesis». Resulta normal que una ministra de un gobierno burgués, heredera de una larga tradición de servicios a la clase dominante, quiera atacar directamente la dictadura del proletariado, que es el punto central de la teoría marxista en lo que se refiere a la función del Estado en las sociedades de clases. Pero hacerlo aduciendo un problema de traducción es ridículo incluso para la propia escuela estalinista de falsificación.

Retomamos en este punto la famosa afirmación de Marx sobre la dictadura del proletariado en su carta a Joseph Werdermeyer de 1852, sólo para mostrar que si la dictadura del proletariado es un error de traducción, Marx debía cometerlo el mismo en su alemán materno:

[...] *Por lo que a mí se refiere, no me cabe el mérito de haber descubierto la existencia de las clases en la sociedad moderna ni la lucha entre ellas. Mucho antes que yo, algunos historiadores burgueses habían expuesto ya el desarrollo histórico de esta lucha de clases y algunos economistas burgueses la anatomía económica de éstas. Lo que yo he aportado de nuevo ha sido demostrar: 1) que la existencia de las clases sólo va unida a determinadas fases históricas de desarrollo de la producción; 2) que la lucha de clases conduce, necesariamente, a la dictadura del proletariado; 3) que esta misma dictadura no es de por sí más que el tránsito hacia la abolición de todas las clases y hacia una sociedad sin clases.* (1)

Después de haber dedicado unas cuantas líneas a la falsificación más burda acerca de la obra de Marx y Engels, la autora de este escrito pasa a su segundo objetivo: el de intentar afirmar que tanto su prólogo como la nueva edición del *Manifiesto* pueden colocarse en relación directa con los esfuerzos que los diferentes militantes proletarios que se han encargado

de la edición y difusión de esta obra han realizado en el pasado. Aduciendo de manera capciosa y malintencionada una especie de trayectoria errática en las ediciones del *Manifiesto*, Yolanda Díaz intenta introducir de tapadillo la idea de que las tesis centrales del marxismo, expuestas por primera vez de manera sistemática en este libro, no han sido bien comprendidas en España. Para ello, recurre a nombrar al primer editor del *Manifiesto* en lengua castellana, como si utilizar su nombre justificase cualquier barbaridad que se quiera decir después. Se trata de José Mesa y la autora debería saber que se trata, sin querer caer por nuestra parte en el odioso culto a los nombres, de uno de los principales marxistas que ha dado esta tierra. Compañero de Engels y Lafargue, estuvo en la Internacional desde la primera hora, permaneciendo junto al grupo que rompió con la corriente bakunista y se colocó bajo la bandera del comunismo revolucionario. Su trabajo fue vital para mantener, al menos mientras él permaneció con vida, una corriente coherentemente marxista dentro del Partido Socialista.

Citamos a continuación uno de sus artículos publicados en *La Emancipación*, órgano de la Nueva Federación Madrileña de la Internacional, dedicado al combate por deslindar el terreno de la lucha política del proletariado frente a las confusiones de tipo republicanas-radicales y libertarias

Es innegable que la renuncia de la clase trabajadora a toda suerte de participación, como tal clase, en las luchas políticas -electorales o de otro género- ha dado y dará siempre por resultado ineludible la continuación de la masa obrera en las filas de los partidos burgueses más o menos avanzados, y la sujeción política del proletariado, que contribuye de este modo, sin quererlo, a remachar sus propias cadenas, a perpetuar su sujeción económica. A menos que se consiga de toda la masa de trabajadores el que se aparte en absoluto de la política y que asista con los brazos cruzados a las luchas electorales o revolucionarias -lo cual ni la Internacional pudo conseguir, habiendo tenido que dejar a cada uno de sus asociados libertad completa de alistarse en el partido político que mejor le conviniese- claro es que si no se quiere hacer «política obrera» los trabajadores, asociados o no, harán «política burguesa».

Así lo comprendió la Internacional misma en su último periodo, declarando por el órgano del Consejo general, autorizado por la Conferencia de Londres, la necesidad de una política obrera, en oposición a la política de todos los partidos burgueses, dejando, como era natural, a los obreros de cada región el cuidado de determinar el momento y las condiciones en que debía ejercerse

aquella acción política. Así lo entendieron más tarde nuestros compañeros de Alemania, Francia y otros países, donde el sufragio universal se halla establecido, organizándose en partido de clase, en vista a una acción política electoral, preparación necesaria de la gran batalla decisiva. Así, finalmente, lo hemos entendido nosotros, al constituirnos en Partido Socialista Obrero, con un programa que no difiere, en sus puntos capitales, del de los Partidos Obreros alemán, francés, americano, etcétera, programa que se resumen en estas dos grandes aspiraciones: continuar la tradición socialista de la Internacional, sosteniendo y apoyando a los obreros en sus luchas económicas, luchas por la vida, con el industrialismo burgués, y organizar estas mismas fuerzas para las luchas políticas, en todos los terrenos que conengan al logro de nuestro fin, que es la emancipación social completa del proletariado.

De lo que dejamos expuesto se deduce lógicamente -y quien no lo viere será por ceguedad natural o fingida- que para nosotros, como para el Partido Socialista Obrero, la política no es, no puede ser otra cosa que un medio, jamás un fin: medio de propagar nuestras doctrinas, de allegar fuerzas, medio de conocerlos y contarnos. Lo que nos diferencia esencialmente de los partidos en que se divide la burguesía es que ellos se sirven de la papeleta electoral y de la tribuna parlamentaria para escalar el poder, y nosotros cuando las empleamos es para organizar la Revolución.

Convencidos, como estamos, de que es imposible el planteamiento del nuevo orden social sin haber desalojado antes a la burguesía de la fortaleza del poder, y que esto no podrá verificarse sino a tiros, consideramos toda concesión como retroceso peligroso, y todo pacto o alianza con los políticos burgueses, por avanzados que estos sean, como una traición. El triunfo de una candidatura, la obtención de una reforma, aún favorable para los intereses obreros, no merece el sacrificio de una sola coma de nuestro Programa. El día en que los Partidos Obreros, entrasen por tan resbaladiza pendiente habrían dejado de existir. Las reformas que arranquemos al miedo o a la ignorancia de la burguesía, deben ser armas que nos fortalezcan en el combate contra nuestros implacables enemigos, que nos presten nuevo ardor para ir hacia delante con nuestra bandera alta y desplegada, y no obstáculos adormecedores que nos detengan en el camino de la Revolución social.[...] (2)

En estas breves líneas se sintetiza todo un programa de acción política marxista: ruptura con el conjunto de los partidos burgueses, defensa de la acción

(sigue en pág. 8)

Yolanda Díaz ha hablado

(viene de la pág. 7)

independiente de la clase proletaria, rechazo del oportunismo «pragmático» e inmediatista, etc.

No resulta difícil ver con claridad la distancia insalvable que separa a Yolanda Díaz, defensora precisamente de uno de esos «partidos en los que se divide la burguesía». Por lo tanto resulta igualmente sencillo ver la terrible falsificación del marxismo, de sus postulados y de su propia historia que supone colocar las estúpidas divagaciones de la ministra junto con el trabajo de militantes como José Mesa.

Pero Yolanda Díaz necesita ser exhaustiva en su trabajo. Y dedica la última parte de este a colocarse ya no en la línea remota de los padres del marxismo en España, sino en la del mucho más reciente hito de la fundación del Partido Comunista. Para ello, fiel a las lecciones de su escuela estalinista, comienza por mentir afirmando que nos encontramos, este año 2021, en el centenario de la fundación del PCE.

Lo cierto es que nos encontramos no en el centenario del nacimiento del Partido Comunista sino en el de la *fusión* entre el Partido Comunista Español y el Partido Comunista Obrero de España. La primera de estas organizaciones se fundó en 1920 mediante una escisión de las Juventudes Socialistas sobre la

base de un programa de orientación claramente marxista. Entre sus postulados fundamentales, la defensa de la acción política del proletariado encaminada a la conquista del poder y el ejercicio de la dictadura proletaria mediante el órgano-partido, la defensa de este mismo partido comunista como elemento imprescindible de la lucha de clase del proletariado, así como una serie de consignas tácticas entre las cuales el abstencionismo electoral, en ruptura con las más pestilentes tradiciones politiqueras de la socialdemocracia, y la lucha por conquistar una influencia decisiva entre las masas proletarias organizadas sindicalmente. La segunda, el PCOE, fue el resultado de la salida del PSOE de los llamados «terceristas», los elementos que habían intentado convertir al PSOE en un partido de la Internacional Comunista. Su característica principal fue la falta de ruptura tajante con las políticas oportunistas que caracterizaron al Partido Socialista. Prueba de ello es que entre sus filas se encontraban elementos como Pérez Solís, miembro del ala derecha del PSOE y, andando los años, falangista de camisa vieja.

El Partido Comunista de España, hoy, y para él Yolanda Díaz, defiende como su origen el año 1921. El motivo es muy sencillo: el PCE que salió del Congreso de fusión era ya un partido plenamente plegado a las políticas del Tercer Congreso de la IC, caracterizadas por esa célebre «elasticidad táctica» y esos guiños a las viejas formas oportunistas que acabarían por ser la puerta de entrada de las peores desviaciones anti marxistas en los partidos nacionales, entre ellos el PCE. Las corrientes se fusionaron en los comienzos de un camino que ya resultaba preocupante y esta fusión no hizo sino acelerarlo en España. Resulta normal que el PCE no quiera saber nada de los verdaderos orígenes del Partido: reconocerlos le obligaría a explicar demasiadas cosas.

En cualquier caso, el propio año 1921 dejó todavía testimonios de la potentísima lucha por levantar y defender un verdadero partido marxista. El esfuerzo por colocarse sobre la vía del marxismo revolucionario, vinculándose al trabajo internacional que desarrollaban las secciones de la IC, tuvo sus frutos en la adopción del programa que citamos más abajo y para terminar. Que se compare de nuevo con aquello que Yolanda Díaz dice defender del marxismo, podrá verse el verdadero orden de magnitud de la falsificación a la que ella y los suyos están entregados

Declaración de principios

1.- En el actual régimen capitalista se desarrolla cada vez más el contraste entre las fuerzas productoras y las relacio-

nes de la producción, que origina el antagonismo de los intereses y la lucha de clases entre el proletariado sometido y la burguesía dominante.

2.- El proletariado no puede romper ni modificar el sistema de las relaciones capitalistas de producción, de donde deriva la explotación de que es víctima, sin destruir violentamente el poder burgués, cualquier que sea la forma políticoadministrativa que adopte para su defensa.

3.- El órgano indispensable de la lucha revolucionaria del proletariado es el partido político de clase. El Partido Comunista, reuniendo en su seno la parte más avanzada y consciente del proletariado, unifica los esfuerzos de las masas trabajadoras, convirtiéndolos, de la lucha por los intereses de grupo y por los resultados contingentes, a la lucha por la emancipación revolucionaria del proletariado e imponiéndose la misión de difundir entre la masa la conciencia revolucionaria de clase y dirigir al proletariado en el desarrollo de la lucha.

4.- Después de derribado el poder burgués, el proletariado no puede organizarse en clase dominante sino con la destrucción del mecanismo políticoadministrativo de la burguesía y con la instauración de su dictadura, o sea basado en la representación electiva del nuevo estado sobre la clase productora.

5.- La forma de representación política en el estado proletario es el sistema de los Consejos de trabajadores (industriales y agrícolas), ya implantado por la revolución rusa, principio de la revolución proletaria universal y primera realización estable de la dictadura del proletariado.

6.- El Estado proletario será el único que podrá implantar sistemáticamente aquellas medidas sucesivas de intervención en las relaciones de la economía social, con las que se efectuará la sustitución del régimen capitalista por la gestión colectiva de la producción y la distribución.

7.- Por consecuencia de esta transformación económica y del cambio consiguiente de las condiciones generales de la vida social, y abolida principalmente la división de la sociedad en clases, irá desapareciendo la necesidad de mantener ese Estado político transitorio, y su engranaje se simplificará, progresiva y automáticamente, hasta llegar a la mera administración de las cosas comunes, medio racional del desenvolvimiento de la actividad humana. (3)

(1) Marx a J. Werdermeyer, 5 de marzo de 1852

(2) José Mesa publicado en *El Socialista* n° 60, 29/04/1887

(3) *Estatutos y tesis aprobados en el I Congreso nacional, celebrado en Madrid en marzo de 1922*, Partido Comunista de España, impreso en M. Tutor, Madrid, 1922.

el proletario

partido comunista internacional (el programa comunista)

Partido y clase

1. Partido y clase en la doctrina marxista

- Tesis sobre el papel del partido comunista (1920)
- Partido y clase (1921)
- Partido y acción de clase (1921)

Marzo de 2017

2

REPRODUCCIÓN LIBRE

No reivindicando ninguna «propiedad intelectual» ni teniendo tampoco ningún «derecho de autor» que defender ni mucho menos una «propiedad comercial» que hacer valer, los textos y artículos que originariamente aparecen en la prensa y el sitio del partido pueden ser libremente reproducidos, tanto en papel como en formato electrónico, con la condición de que no se altere el texto y se especifique la fuente -periódico, revista, suplemento, opúsculo, libro o sitio web (<http://www.pcint.org>)- de donde ha sido tomado.

¿Vientos de guerra en Europa?

(viene de la pág. 1)

visión francesa, es decir, sin darle a la planificación militar de los próximos años una justificación geo política de tanto alcance, el propio Estado Mayor de la Defensa, tiene en el año 2035 (sólo 5 después de la fecha francesa) el límite para una reorganización del Ejército de Tierra. Decimos que las perspectivas españolas son más modestas porque si bien marchan en la misma línea que las francesas, no le dan a estas una justificación más allá de la necesidad de mejorar la operatividad de las tropas de tierra. En cualquier caso, la necesidad de esta mejora y la misma reforma, van en el mismo sentido que las declaraciones públicas del ejército francés. En el caso español se trata del proyecto «Fuerza 2035», un plan de recomposición de las tropas de tierra encaminado a dotar a estas de capacidad operativa en entornos urbanos, con población civil hostil, etc. Algo muy similar en los aspectos técnicos al planteamiento del ejército gallo. Por otro lado, el desarrollo del plan se realizará en el «ciclo militar 2017-2024», es decir, en fechas similares al arranque del modelo francés.

Más allá de las coincidencias en las fechas, que pueden ser más o menos exactas, lo cierto es que ambos planteamientos en estos dos ejércitos (que sin duda serán comunes a los que mantienen otros países, basta con ver la colaboración que solicitan en sus respectivos documentos a los aliados tradicionales) indican que la perspectiva de una guerra en el corazón de Europa puede estar relativamente cercana. ¿Qué significa esto? Que las tensiones políticas y militares entre rivales que hasta ahora las ventilan a través de terceros países, en territorios más o menos lejanos y siempre de manera indirecta, pueden incrementarse hasta el punto que se haga inevitable el enfrentamiento bélico directo y sobre el terreno inmediato, que vendría a ser la cuenca mediterránea y el centro y este de Europa. Y, además, que esto tendría lugar en un plazo relativamente breve de tiempo, hasta el punto que los militares franceses no le dan más de 10 años de demora a la llegada de un escenario similar.

De la misma manera que en los últimos diez años hemos visto reaparecer el espectro de las crisis económicas devastadoras, de las guerras localizadas en la periferia capitalista, etc. de acuerdo a los editores de *Theeconomist* un presente quizá más inmediato de lo supuesto hasta ahora nos traerá de nuevo la imagen de las grandes guerras del siglo pasado.

La guerra y la propaganda burguesa

Realmente el problema de la guerra nunca ha desaparecido del mapa. No ya porque desde el final de la IIª Guerra Mundial las guerras periféricas, mediante las cuales las grandes potencias imperialistas se han enfrentado entre utilizando a otros ejércitos y países como

intermediarios, hayan sido una constante, sino porque en el discurso que en todo momento repite la clase burguesa acerca de su mundo la guerra juega un papel crucial. No en vano es esta clase la primera que se jacta, en todos los países desarrollados, de haber sido capaz de eliminar el recurso al enfrentamiento bélico como vía normal para solucionar los enfrentamientos entre clases y naciones. Desde la escuela elemental hasta el propio servicio militar, allí donde este sigue siendo obligatorio, la burguesía repite una y otra vez que la paz es el objetivo principal de toda su actividad política e incluso militar y que el mantenimiento de esta forma parte consustancial de su propio sistema político.

Evidentemente, no hay nada más alejado de la realidad: la burguesía llegó al poder derrocando a las clases dominantes feudales o a las potencias imperialistas que dominaban los territorios colonizados y lo hizo mediante las guerras revolucionarias, que han tenido siempre la doble vertiente nacional (las guerras civiles contra el poder de los señores y por el mantenimiento del poder burgués una vez este se hubo conquistado, como es el caso de la Revolución inglesa del siglo XVII) e internacional (las guerras de conquista libradas por la burguesía triunfante en una nación y que exportó el orden revolucionario con ellas, siendo el ejemplo clásico el despliegue de los ejércitos napoleónicos desde Madrid hasta Moscú) y que no tuvieron nada de incruentas, breves o humanitarias, como mostró durante el siglo XX el largo ciclo de guerras de independencia nacional desde la India hasta Argelia, pasando por Vietnam o Angola.

Que la burguesía nació como clase dominante, levantó su orden y lo generalizó mediante la guerra, es un hecho innegable. Pero también lo es que este orden se mantiene también mediante la guerra: la burguesía no sólo ha luchado contra las clases dominantes del Antiguo Régimen, sino que ha tenido desde el momento de su nacimiento la necesidad de enfrentarse con otras clases burguesas nacionales para imponer sus intereses comerciales, económicos y políticos allí donde estos exigían el respaldo de la fuerza armada. La burguesía inglesa, victoriosa en su revolución desde el siglo XVII, se enfrentó sin dudar contra las tropas de la burguesísima Francia napoleónica, apoyando incluso, contra esta, a sus enemigos feudales una vez los hubo reconocido como aliados por el mantenimiento de su influencia en el continente europeo. Previamente, esta burguesía inglesa que hoy presume de llevar en su sangre la misma esencia de la democracia, se enfrentó contra la rebelión burguesa de sus colonias americanas en una guerra terriblemente sangrienta que duró 8 largos años. Y lo haría, décadas después, con un salvajismo inusitado contra los rebeldes irlandeses... Y estos ejemplos los tomamos únicamente para mostrar que el recurso a la guerra vale también cuan-

do el enfrentamiento es contra clases burguesas emergentes. Porque más allá de estos, el recuerdo de las guerras mundiales que asolaron Europa, de las guerras de independencia de las colonias africanas y asiáticas, etc. y, por supuesto, de la guerra que las potencias imperialistas coaligadas libraron contra el proletariado revolucionario erigido en clase dominante en París 1871 y Petrogrado 1917, muestran que las burguesías de todos los países han pasado mucho más tiempo planeando, organizando y librando guerras que viviendo en paz, que la guerra es consustancial a su orden social y que el recurso a ella está siempre flotando en el aire de las relaciones entre clases y naciones.

Es cierto que *no todas las guerras son iguales*, pero nosotros no decimos esto en el sentido en el que lo hace la burguesía. Para ella una guerra u otra es justa y necesaria en función de que lo sea para ella, es decir, es buena la guerra que se libra en defensa de los propios intereses nacionales y siempre se encuentra el medio de justificar esto (guerra contra el terrorismo, en defensa de la soberanía nacional agredida, etc.). Para los marxistas una guerra es necesaria (justa es una palabra que preferimos regalar a los moralistas) cuando en ella se defienden los intereses de una clase que representa a las fuerzas revolucionarias de la sociedad. Por ello, fueron necesarias las guerras de la burguesía revolucionaria, que se enfrentaron al poder feudal y acabaron por abatirlo en gran parte del globo. Como fue y es necesaria la guerra revolucionaria del proletariado, que tiene exactamente el mismo fin de eliminar a la clase dominante. Y por el mismo motivo, ni son necesarias ni deben aceptarse de ninguna manera las guerras que las diferentes burguesías libran entre sí por el reparto de los mercados, las guerras imperialistas, que constituyen, hoy no un paso en un sentido revolucionario, sino un puntal del orden burgués, un reforzamiento del poder de clase de la burguesía y un debilitamiento en todos los sentidos de la clase proletaria. Retomamos la siguiente cita de nuestro texto

Sin embargo, pese a que la historia del dominio de clase de la burguesía y su propio presente se encuentran jalonados de brutales enfrentamientos armados, para una gran parte de la clase proletaria europea y americana la idea de la paz, de un mundo donde la guerra está relativamente ausente, es moneda de cambio común. Esto no se debe tan sólo (de hecho sólo se le debe en una minúscula parte) a la propaganda que la clase burguesa hace con la consigna de la paz: el mérito de esta conquista, que es una parte importantísima del orden burgués, recae en las fuerzas políticas y sindicales del colaboracionismo interclases, en los partidos socialdemócratas, estalinistas y post estalinistas, que colaboran con todo su empeño en la difusión del mito del progreso pacífico y democrático de la humanidad.

Tradicionalmente estas corrientes han logrado mantener su influencia sobre la

(sigue en pág. 10)

¿Vientos de guerra en Europa?

(viene de la pág. 9)

clase proletaria allí donde la burguesía no alcanzaba a hacerlo, precisamente porque han pretendido representar a los proletarios en su lucha contra los burgueses. Este no es el lugar de abordar de nuevo una explicación acerca del carácter político y social del oportunismo ni de las razones de su ascenso entre los proletarios, algo que ha sido tratado en nuestra prensa en numerosas ocasiones (2), y nos basta con destacar que un punto crucial de este ascenso es precisamente la defensa que ha pretendido hacer de la paz contra la belicosidad de la burguesía. De la misma manera que la función básica del oportunismo consiste en vincular al proletariado con la burguesía haciéndole asumir los intereses generales de esta como propios, identificando la suerte de ambas clases mediante la defensa de mistificaciones como la de un Estado ajeno a los intereses de clase, la democracia o el sistema parlamentario, una de sus funciones particulares es la de negar que la guerra, concretamente las guerras imperialistas, de rapiña, mediante las cuales las diferentes burguesías se enfrentan entre sí por el control de zonas de influencia económica, materias primas, etc. sean responsabilidad colectiva del conjunto de la clase burguesa y, por lo tanto, del sistema capitalista como tal.

Si sintetizamos lo máximo posible la historia de este esfuerzo que las corrientes políticas pseudo proletarias han realizado, tocando las diferentes formas que ha tomado, tenemos el siguiente resumen:

-Desde 1889 hasta 1914, durante el periodo de auge de la socialdemocracia europea y americana, el ala derecha de la misma desarrolla una política favorable a la intervención de las potencias imperialistas europeas en África y Asia en nombre de la civilización de los pueblos «bárbaros», llamando al proletariado a apoyar el reparto del mundo resultante de los acuerdos entre las diferentes burguesías. Buena parte del ala considerada de «izquierda», donde se contaba por ejemplo Kautsky, albacea testamentario y supuesto heredero político de Engels, se opone verbalmente a esta tendencia derechista, permitiendo a la IIª Internacional bascular hacia un lado u otro, por ejemplo dando la victoria al ala izquierda cuando, en el Congreso de Stuttgart de 1907, impuso sus tesis sobre el rechazo a la participación del proletariado en la guerra. Esta ambigüedad, mantenida de manera deliberada con el fin de evitar la consolidación de una verdadera ala izquierda capaz de romper en los grandes partidos socialistas, como el alemán, con la dirección oportunista, se aclaró completamente con la declaración de la Iª Guerra Mundial.

-Desde 1914 hasta 1928. La declaración de la I Guerra Mundial coloca a la mayoría de los partidos socialistas en el terreno de la solidaridad abierta con la política de movilización bélica de sus respectivas burguesías. En nombre de

la lucha contra el Zar o de la defensa de la libertad contra el oscurantismo del Káiser, el oportunismo socialdemócrata llama a la clase proletaria a participar en la guerra defendiendo la patria por encima de sus intereses de clase. El argumento, particularidades nacionales al margen, fue siempre el mismo: la guerra librada por la burguesía de turno era una guerra defensiva, no imperialista, y por lo tanto la clase proletaria debía apoyarla. Esto supuso la gran debacle del movimiento proletario organizado, que encontró un único apoyo en las minorías internacionalistas organizadas en torno a las conferencias de Zimmerwald y Kienthal, dentro de las cuales la única que expresó su rechazo a la política de colaboración entre clases para la guerra fue la dirigida por los bolcheviques de Lenin. Desde este momento, el oportunismo socialdemócrata se colocó definitivamente frente a la clase proletaria e hizo de su defensa de cada burguesía nacional una de sus banderas. El triunfo de la revolución proletaria en Rusia y la creación de la Internacional Comunista frente a la bancarrota de la IIª Internacional, restableció temporalmente los términos de la oposición de clase no sólo a las guerras imperialistas sino al conjunto del militarismo burgués. Aunque la restauración teórica frente a las desviaciones de la socialdemocracia fue previa al triunfo del Partido Bolchevique (en 1916 aparecieron los libros de Bujarin y Lenin sobre el imperialismo), fue este el que permitió afirmar la política marxista correcta en todos sus términos: renuncia a la participación en los frentes interclassistas de tipo *Unión Sagrada*, derrotismo revolucionario como táctica a aplicar en el frente y en la retaguardia, solidaridad internacional del proletariado por encima de divisiones nacionales... hasta llegar a la creación de la nueva Internacional como núcleo del partido comunista mundial.

De la misma manera, fue la posterior involución contrarrevolucionaria la que volvió a despedazar el hilo rojo que con tanto esfuerzo se había recompuesto: el triunfo de la contrarrevolución en Rusia, la derrota de la Izquierda, desalojada de la dirección del Partido Comunista de Italia, y el giro oportunista de la Internacional, liquidaron la restauración teórica y política que había encabezado el Partido Bolchevique.

-De 1928 en adelante. Esta derrota del movimiento de clase del proletariado ha sido, hasta el momento, la definitiva, en el sentido de que no se ha vuelto a dar una situación como la de 1917 en la que la fuerza combinada de grandes movimientos de clase como el ruso de 1917 y de un partido marxista sólidamente organizado sobre las bases teóricas y políticas del comunismo revolucionario permita una nueva ruptura con la fuerza aplastante que el oportunismo político y sindical, socialdemócrata y estalinista, ejerce sobre la clase proletaria, imponiéndole su dirección.

En términos del problema que nos ocupa, la posición del oportunismo ante la guerra imperialista, el triunfo de la contrarrevolución estalinista significó la

difusión entre la clase proletaria de todos los países de una política calcada de aquella que había mantenido la IIª Internacional. En este caso, los partidos comunistas nacionales se utilizaron tanto para atar al proletariado al carro de la burguesía local como para defender los intereses imperialistas del naciente Estado burgués ruso. Esta doble función, que también se desarrolló sobre el terreno de la propaganda, dio lugar a la consigna que desde entonces se ha generalizado: las guerras imperialistas son responsabilidad de unos pocos burgueses, especialmente avariciosos y crueles, que rompen el equilibrio internacional y que deben ser considerados únicos culpables. Está claro que esos burgueses avariciosos y belicosos se identifican, según la ocasión, con el enemigo de turno de Rusia. De esta manera se vio, en primer lugar, la alianza entre Rusia y Francia contra Italia y Alemania, concretada en términos de política interior en los Frentes Populares de 1935. Posteriormente, pacto Ribbentrop-Mólotov de alianza con la Alemania nazi (3), el enemigo pasó a ser la «plutócrata Inglaterra» para, finalmente, alcanzar una alianza con esta, EE.UU. y la Francia de Charles de Gaulle, que duró ya toda la IIª Guerra Mundial. Mientras tanto, la clase proletaria era masacrada una vez más en los campos de batalla. La defensa de la alianza entre el proletariado y la burguesía contra el «nazi-fascismo» de Alemania e Italia condenó a los proletarios a una derrota tanto más dura cuanto que partía de quien había sido el gran baluarte de la lucha revolucionaria y anti burguesa.

La paz posterior, erigida sobre los millones de muertos que se sembraron en Europa, América, Asia y África, vio el triunfo de esta política anti marxista, que es la que se ha impuesto desde entonces inoculando entre los proletarios una explicación de las guerras imperialistas como fenómenos desconectados del mundo capitalista, como particularidades de las que son culpables tan sólo algunas potencias, algunos multi millonarios, ávidos en su sed de riqueza y poco solidarios con el resto de países. Tan hondo ha calado esta doctrina acerca de la guerra que el propio vector de su extensión por todas partes colapsó, cayendo el mito de la Rusia socialista en 1991, y el mito de la «guerra injusta» permanece en pie. Hasta tal punto le ha sido útil a la clase burguesa, que lo ha tomado de su portador tradicional y lo ha conservado vivo para seguir utilizándolo como justificación de sus políticas imperialistas por todo el mundo.

NOTAS:

(1) *The Economist*

(2) Una síntesis especialmente clara puede encontrarse en la serie de artículos *Sobre el hilo del tiempo*, publicados en la prensa del partido durante el periodo 1949-1955 y recopilados en nuestra página web www.pcint.org

(3) El pacto Ribbentrop-Mólotov

Crisis económica mundial: ¿en qué punto nos encontramos un año después?

(Informe para la reunión general de diciembre de 2020)

Casi un año después de la generalización de la pandemia y de la crisis sanitaria que provocó, es necesario hacer un balance de la crisis económica mundial, aunque todavía sea parcial. Los datos de las organizaciones internacionales que utilizamos para el año 2020 son todavía, en general, provisionales. Antes de examinarlos, constatamos que, a pesar de la gravedad de la conmoción de la economía internacional, no se ha producido ningún colapso económico ni social del capitalismo; volveremos sobre ello, pero hay que señalar que las medidas inéditas de intensificación del control social con el pretexto de la pandemia han sido muy eficaces en este sentido: si no han conseguido triunfar sobre Covid-19, han permitido sin embargo excluir por el momento la amenaza del virus de las luchas proletarias y de las explosiones sociales que se volvían muy preocupantes en 2019 en muchos países.

A finales de 2019, las principales instituciones internacionales se mostraban preocupadas por la desaceleración de la economía mundial, y algunos economistas hablaban de una «recesión industrial global»; la OCDE preveía que el crecimiento mundial alcanzaría el 2,9% en 2020, «el nivel más bajo desde 2009» (es decir, el punto álgido de la gran recesión), mientras que el FMI, obligado como siempre a realizar previsiones optimistas, anunciaba un «repunte» hasta el 3,4 %, al tiempo que advertía que esta recuperación seguiría siendo «precaria». De hecho, como hemos escrito en varias ocasiones, la recesión económica ya estaba en marcha en términos de producción industrial, que sin duda diferiría según los países y regiones del mundo, y la crisis sanitaria fue el detonante de una crisis económica generalizada sin precedentes desde la Segunda Guerra Mundial.

No cabe duda de que las medidas adoptadas por las distintas burguesías ante la pandemia en términos de paros de producción, restricciones a la circulación y cierre de fronteras han agravado enormemente la crisis, pero no cabe duda de que esta crisis ya estaba presente.

DATOS DE LAS ORGANIZACIONES BURGUESAS INTERNACIONALES

El PIB (Producto Interior Bruto) es un índice que permite estimar la actividad económica de un país mediante la suma de la «producción de riqueza» de los «agentes económicos» (hogares, empresas, administraciones públicas) presentes en el país en cuestión, independientemente de la nacionalidad de los propietarios (mientras que el PNB -Producto Nacional Bruto- o la RNB -Renta Nacional Bruta- tienen en cuenta las entradas y salidas de

capital de las empresas «transfronterizas»). No sólo no tiene nada de marxista (ya que no se basa en la evolución de los beneficios, etc.), sino que, según los propios economistas burgueses, es un índice muy burdo: por ejemplo, el PIB, mientras el país dado está en recesión, puede seguir mostrando una progresión si uno de los principales sectores económicos está creciendo (por ejemplo, la producción de una materia prima de la que el país es un fuerte exportador); en general, tiende a no reflejar con precisión las incertidumbres económicas y a reducir la profundidad de las crisis. A falta de otros índices, se utiliza, sin embargo, de forma general, porque sigue proporcionando indicaciones sobre el estado de la economía capitalista y vale la pena tenerlo en cuenta, considerando estados que generalmente son pasados por alto por los grandes medios de comunicación europeos.

El FMI estima la caída del PIB mundial para 2020 en un 3,5%, una caída más pronunciada para los grandes países capitalistas (-4,9%) que para los países «emergentes» (-2,4%); esta diferencia se explica esencialmente por los resultados de China, país que el FMI sigue clasificando en esta categoría. Esto supone más del doble de la caída desde la gran recesión de 2008-2009 (-1,6% en 2009, según el Banco Mundial), el único periodo desde los años 30 en el que el PIB mundial ha caído.

Entre las características más importantes de la crisis actual, y factores de su gravedad, están su aparición casi simultánea a escala mundial y su extensión a todos los países. Durante la crisis económica de 1974-75, señalamos que, por primera vez desde el final de la guerra mundial, las principales economías se encontraban en una fase de precipitación de la crisis que impedía a algunas de ellas actuar como «locomotoras» para relanzar la economía internacional o, al menos, para amortiguar la crisis. Sin embargo, esta crisis se había limitado geográficamente a una parte del mundo (conocida como «Occidente», incluido Japón), quedando el llamado bloque «socialista» notoriamente al margen (aunque sufriendo sus efectos), mientras que una serie de países del llamado «Tercer Mundo» se vieron poco o nada afectados. Lo mismo ocurrió con la crisis de 1980-82, aunque los países latinoamericanos se vieron afectados por una grave crisis de deuda a raíz de la recesión mundial.

La gran recesión de 2008-2009 se extendió internacionalmente mucho más que cualquier otra crisis anterior. El hecho es que países muy grandes, especialmente en Asia, se vieron mucho menos afectados: China (según estadísticas que aún son cuestionables

en este país), tras sufrir una caída de la producción entre finales de 2008 y principios de 2009, finalmente registró un aumento de su PIB para ese año del 8,3%, justo por debajo de los de 2008 y 2010. Lo mismo ocurre con India, con un aumento estimado del PIB del 6,1%, mientras que en Indonesia la desaceleración fue un poco más marcada, con un aumento del 4,5% (frente al 6,1% de 2008). En el otro lado del planeta, Brasil no vio una caída del PIB en 2009, sino que simplemente se estancó: 0% de crecimiento, mientras que en Europa, Polonia logró evitar la recesión con un débil pero innegable aumento de su PIB en 2009: + 1,4%...

El panorama es diferente para la crisis actual: entre las principales economías, se espera que China, sola o casi sola, acabe registrando un crecimiento del PIB en 2020 de alrededor del 2%, tras una caída histórica a principios del año pasado. En diez años, los lazos económicos entre países de todo el mundo no han dejado de reforzarse, facilitando no sólo la propagación de los virus sino también la de las crisis económicas. El comercio mundial, que había comenzado a descender ligeramente en 2018, se espera que haya caído casi un 10% en volumen en 2020, una cifra inferior a la que se temía la pasada primavera, cuando el comercio mundial se desplomó un 20%; estas cifras son comparables a las de 2009 (-19% en el primer trimestre de 2009, 12% en el año), el año de su mayor descenso desde el final de la última guerra mundial. Para que conste, durante la crisis económica de 1974-75, el comercio mundial había caído un 5% en volumen (algo más que en 1957-58: -4%), mientras seguía creciendo en valor; durante la grave recesión de 1981-82 había caído más de un 6% en volumen (-2% en valor).

Por ello, revisamos los datos del PIB presentados para los principales países por el FMI y la OCDE, la CEPAL y el Banco Mundial (hay algunas pequeñas diferencias entre los datos de las distintas instituciones).

Empecemos por **Estados Unidos**, que registró una caída relativamente moderada del PIB: -3,5% aproximadamente. Los economistas atribuyen esta resistencia -relativa- a que Estados Unidos está menos abierto al mercado mundial que, por ejemplo, los países europeos.

Europa: la caída en la zona euro se sitúa en torno al 7%, lo que convierte a Europa en una de las regiones más afectadas del mundo, pero esta media oculta que no todos los países han sufrido la misma caída: Alemania «sólo» ha registrado un descenso del 5,3%, mientras que el de Francia ha sido del 8,2%, el de Italia del 8,9% y el de España del 11%. Portugal registró un descenso del 7,6%, «el más acusado desde 1936», mientras que Grecia, donde el turismo es el sector económico más importante, registró una caída del 8,2%.

(sigue en pág. 12)

(viene de la pág. 11)

Por su parte, Bélgica registró un desplome virtual del 13,9%. Fuera de la zona euro, la caída en Gran Bretaña, que también ha sufrido los efectos negativos del Brexit, es apenas menos pronunciada que en España: -10%. Suiza sólo registraría una caída del 3 al 3,5%. Para los pequeños países nórdicos tenemos las siguientes estimaciones: Dinamarca: -4,5%, Finlandia -3,3%, Suecia: -2,9% Noruega: -2,8% Se espera que el PIB de Rusia caiga un 3,6% en 2020, el de Ucrania un 5% y el de Polonia un 3%. Por lo tanto, los países europeos más poderosos se han visto muy afectados, aunque la diferencia de poder económico entre estos grandes estados queda demostrada por la crisis.

Asia: hemos visto que el crecimiento del PIB de China en 2020 se estima en torno al 2%. India, donde el FMI esperaba que el PIB aumentara en primavera, registró en cambio un fuerte descenso, del 8% al 10% estimado. Se esperaba que Japón registrara un descenso superior al 5%, mientras que el de Corea del Sur sería finalmente de sólo el 1%. Indonesia registraría un descenso superior al 2%, Pakistán sólo un 0,5%; Tailandia, muy afectada por el cese del turismo y la caída de las exportaciones, vería caer su PIB un 6,5%, mientras que, por el contrario, Vietnam y Bangladesh registrarían un crecimiento, aunque este último se vio muy afectado por el casi cese de sus exportaciones a Europa, su principal mercado.

Oriente Medio y África: para Turquía, el FMI y la OCDE estiman un crecimiento del PIB del 1,8%, mientras que en octubre el Banco Mundial preveía una caída del 3,8%: el cuarto trimestre se habría caracterizado por un fuerte crecimiento del mercado interior que habría compensado la caída anterior. Asimismo, el FMI y la OCDE estimaron que el PIB egipcio siguió creciendo en 2020 (+ 2,8%) a pesar de la caída de los ingresos por turismo (-70%) y de las remesas de los trabajadores inmigrantes. En el caso de Arabia Saudí, la

caída del PIB se estima en un 4%, mientras que en Líbano, ya sumido en una grave crisis el año anterior, es un auténtico colapso: -20% o más. La situación es menos catastrófica en el Magreb, donde tenemos las siguientes estimaciones: en Marruecos, donde la crisis se ha visto agravada por una grave sequía, la caída oscila entre el 6 y el 7%; en Argelia: -5%; en Túnez: -8,6%. En el África negra, Nigeria, el país más poblado del continente, ha experimentado su recesión más grave en más de 30 años, aunque el descenso del PIB para 2020 sólo sería del 2%; Sudáfrica, el país africano más industrializado, ha experimentado un descenso mucho mayor: -7%.

América Latina: ya estaba en recesión en 2019, por lo que la situación no ha hecho más que empeorar; la CEPAL prevé una caída del 7,7% del PIB para el conjunto de América Latina, incluido el Caribe, y la califica como «la crisis más grave en 120 años». Ofrece las siguientes estimaciones para los distintos países: Venezuela sigue cayendo en picado con una previsión de -30%; seguida de Perú con -12,9%, que supera a Argentina, que registra -10,5%, México con -9%, Colombia con -7% y Chile con -6%. Aunque Bolsonaro ha dicho que el país está «en bancarota», una caída «limitada» del -5,3% en Brasil parece casi buena. Nótese que a Cuba se le atribuye una caída del -8,5%: el pseudosocialismo cubano no ha protegido a la isla de la crisis ...

Los datos sobre la producción industrial son ahora difíciles de encontrar en las publicaciones de las instituciones internacionales a las que hemos recurrido, aunque estos arrojan una luz más precisa sobre la situación económica (sin olvidar, no obstante, que la creación de beneficios, que es el alma del capitalismo, se realiza también fuera de la industria). Aportamos las tablas publicadas, en particular, por el Banco de la Reserva Federal de Filadelfia (FED), cuyo trabajo es básico para la producción industrial de Estados Unidos, Brasil y los principales países europeos; podemos ver que

Producción industrial de algunos de los países más importantes:

Producción industrial en los Estados Unidos de América:



Producción industrial de Alemania:



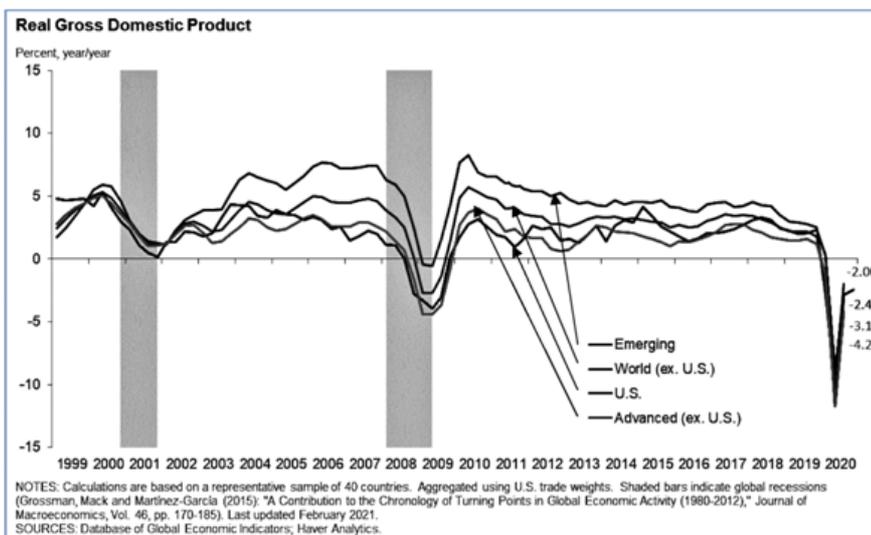
Producción industrial de Francia:



Producción industrial de Italia:



Producción industrial de España:



la recuperación de la producción industrial tras la crisis de 2008-2009 ha sido modesta, ¡o incluso nula! También hemos publicado las series estadísticas de la producción industrial en Estados Unidos desde el final de la Primera Guerra Mundial. Se puede ver que en el pasado los cambios porcentuales eran mucho mayores, pero las cantidades de bienes producidos eran en realidad mucho menores.

Las columnas en gris indican las recesiones y permiten ver los ciclos económicos.

CICLOS ECONÓMICOS Y CAPITALISMO DROGADO

Todas estas cifras dibujan un panorama de crisis sin precedentes desde el final de la Segunda Guerra Mundial, si no más. Sin embargo, las organizaciones cuyas estadísticas hemos citado ofrecen previsiones muy optimistas para 2021, año en el que debería producirse un fuerte repunte económico. Es inevitable que se produzca una recuperación; pero aunque se confirme como fuerte, algo más que hipotético, la crisis actual tendrá consecuencias profundas y duraderas. No se trata de un «accidente» debido a la aparición inesperada de un virus, sino que es, en última instancia, el resultado del mecanismo cíclico de la economía capitalista. estableció que la economía capitalista pasaba por periodos de expansión que desembocaban inevitablemente en crisis, en ciclos que duraban, en su época, unos 10 años. Durante el periodo de expansión económica que siguió a la Segunda Guerra Mundial, estos ciclos parecieron desvanecerse, y éste fue uno de los argumentos esgrimidos por algunos «expertos» para hablar de un «neocapitalismo» capaz de superar, al menos en parte, sus contradicciones y «regularse» a sí mismo mediante la acción del Estado. La gran crisis de 1974-75 hizo desaparecer estas teorías y también se observó que la duración de los ciclos se acortaba. Pero este último fenómeno no se ha confirmado: si observamos los ciclos económicos examinando el caso de Estados Unidos, la primera potencia capitalista del mundo donde las cosas están más claras y mejor documentadas que en otros lugares, vemos que el intervalo con la anterior crisis económica internacional (2008-2009) es de más de 10 años (146 meses): se trata del ciclo de expansión económica más largo registrado desde 1857 (fecha de las primeras estadísticas publicadas por el NBER, el servicio oficial estadounidense encargado de establecer los ciclos económicos); el anterior fue el que condujo a la crisis de 2001 (128 meses).

Este alargamiento del ciclo se explica básicamente por las medidas denominadas «no convencionales» de «flexibilización monetaria»: las cantidades de dinero vertidas por los Estados y los bancos centrales en los circuitos económicos para reiniciar la máquina económica.

Esta política de dinero fácil (prestado a tipos muy bajos o incluso nega-

tivos) y de creación de dinero, esta **economía crediticia** narcotizada que la administración Trump ha extendido y acentuado, ha permitido sin duda alargar el ciclo de crecimiento, aunque este crecimiento ha sido anémico. Los gobiernos han respondido a la crisis actual aumentando las dosis de dinero fácil, y hasta ahora han conseguido de nuevo evitar un colapso económico que parecía acercarse la pasada primavera. Pero como no se ha superado realmente la saturación de los mercados debida a la sobreproducción, causa de todas las crisis, esta afluencia de liquidez ha luchado por encontrar suficiente rendimiento en la producción de bienes; gran parte de ella ha ido a parar a los mercados bursátiles, que han batido récords a pesar de la crisis económica y de la especulación financiera en general, creando «burbujas» que amenazan con estallar en cualquier momento. Un ejemplo de esta especulación es el precio disparado de las «criptodivisas»; este frenesí especulativo es alentado por los anuncios de alucinantes «planes de recuperación» que aseguran que la política de dinero fácil (¡para los bancos y las instituciones financieras!) no se detendrá: los gobiernos tienen demasiado miedo de que si dejan de administrar su droga, el capitalismo enfermo caiga en convulsiones; en otras palabras, ¡que se desencadene una crisis económica y financiera aún mayor!

ECONOMÍA DEL CRÉDITO

Marx explicó que la economía crediticia acelera el crecimiento de las fuerzas productivas rompiendo la barrera a la producción causada por el carácter contradictorio del capitalismo, que tiende a desarrollarse independientemente de los límites del mercado: el crédito tiende a aumentar el mercado, pero este aumento es finalmente artificial.

En consecuencia: **«Al mismo tiempo, el crédito acelera las violentas erupciones de este antagonismo, las crisis, luego los elementos de disolución del viejo modo de producción»** (*El Capital*, Libro tercero, cap. 27, *El papel del crédito e la producción capitalista*)

A nivel internacional, los economistas hablan de «olas de deuda» y

han contabilizado cuatro en los últimos 50 años; la tercera condujo a la crisis mundial de 2008-2009, desencadenada por la incapacidad de Estados Unidos de devolver los créditos anticipados; una cuarta, «sin precedentes por su magnitud, velocidad y carácter generalizado» (banquemondiale.org, enero de 2020) acompañó a la recuperación económica posterior, alimentándola de hecho; y luego se aceleró en los últimos años (especialmente tras las medidas de la administración Trump), dando pábulo a la continuación del ciclo expansivo.

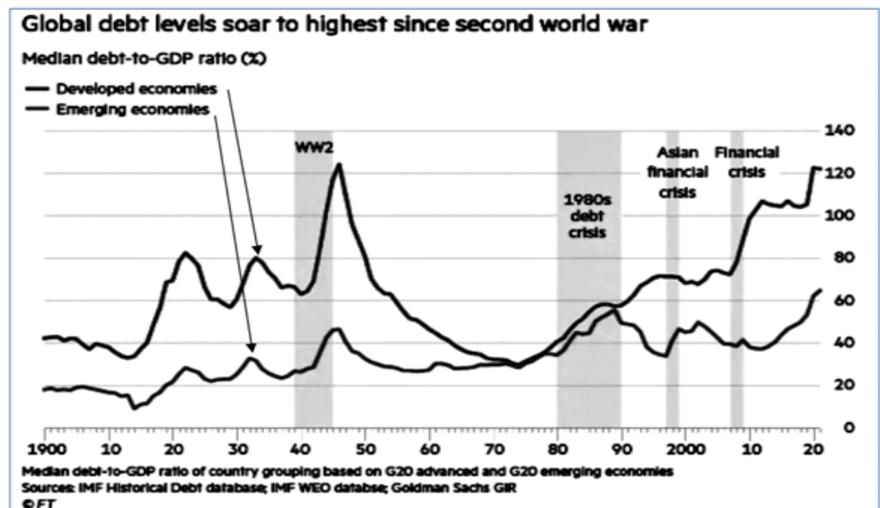
Según el IIF (Instituto de Finanzas Internacionales), a finales de 2020, la deuda pública y privada, desproporcionadamente inflada por las medidas gubernamentales de apoyo a la economía, especialmente en los Estados más grandes, alcanzaría un nivel récord, muy superior al que precedió a la crisis de 2008-2009 (el aumento de la deuda fue mayor en países como China, Turquía, Corea del Sur y Estados Unidos). La deuda mundial no ha alcanzado un nivel similar desde la última guerra mundial.

Este gigantesco endeudamiento, que se verá reforzado por los planes de reactivación (como el faraónico recientemente decidido en los Estados Unidos) es necesario para hacer avanzar la economía mundial en el agotamiento: pero el remedio no durará siempre. Mientras no se destruyan las fuerzas productivas excedentes (incluyendo la destrucción masiva causada por una guerra generalizada que sería un verdadero **baño de juventud** para el capitalismo), no habrá una recuperación real y duradera.

La crisis de 2020 no se ha superado; los capitalistas sólo han ganado tiempo ocupándose de las situaciones más urgentes, y cada vez son más los que advierten de la extensión de la crisis actual a una crisis financiera por el estallido de las burbujas nacidas del crédito.

El *Manifiesto del Partido Comunista* ya lo decía en 1848:

«El capitalismo sólo supera sus crisis sentando las bases para crisis posteriores aún más graves».



Disturbios en Cuba: Ni con la «oposición democrática» ni con el régimen castrista. El proletariado cubano sólo tiene una salida: la lucha de clase.

Desde hace varios días, las principales ciudades de Cuba, especialmente La Habana, viven enfrentamientos continuos entre manifestantes y policía. De acuerdo a la información que proporciona la prensa internacional, que siempre debe ser tomada con cuidado dada la especial tendenciosidad que anima siempre sus noticias sobre Cuba, a las manifestaciones que desde el fin de semana pasado tienen lugar en la isla, el gobierno de Díaz-Canel ha respondido mediante la militarización de las ciudades, ya que la policía no se bastaba para contener a la marea de amotinados. La misma prensa señala que el gobierno cubano se ha visto obligado a reconocer que en los disturbios ha muerto al menos una persona, cuando protestaba delante de una comisaría en la periferia de La Habana. Mientras la represión, a la que el propio presidente Díaz-Canel ha arengado en sus redes sociales, intenta calmar la tensión a base de porras y disparos, el gobierno ha comenzado una serie de repartos de comida en los barrios más desfavorecidos de La Habana y Santiago a la vez que ha hecho cesar los apagones eléctricos que estaban en el origen de las protestas.

Más allá de estos hechos, la realidad para la mayor parte de la población cubana es que sus condiciones de existencia han caído drásticamente en los últimos años. Los efectos del embargo que Estados Unidos mantiene contra cualquier actividad comercial con Cuba se agravaron con la llegada de Donald Trump a la presidencia porque revirtió todas las medidas de apertura que su antecesor, Obama, había puesto en marcha. Con la victoria electoral de Biden el pasado mes de noviembre, las cosas no han cambiado y las consecuencias de la política de restricciones se hacen notar en forma de carencia de prácticamente todo tipo de bienes de primera necesidad.

Pero el embargo norteamericano sólo es una de las causas de la situación por la que atraviesa la mal parada economía cubana. Como es sabido, Cuba depende casi por completo del turismo para subsistir. La crisis de la Covid 19 ha liquidado bruscamente los viajes turísticos a la isla y esto ha implicado la pérdida de una fuente de ingresos de primera necesidad dado que con las divisas provenientes de estos viajes se financiaba la compra de buena parte de los bienes de equipo, especialmente agrícolas, que necesita el país.

Finalmente, el tradicional apoyo venezolano, que vendía a bajo precio petróleo y otras materias primas de primer orden, también se ha visto restringido drásticamente, agudizando la carencia de fuentes de energía que está detrás

tanto de la subida del precio de la luz como de los apagones que las grandes ciudades han vivido en los últimos meses.

A la crisis económica el gobierno cubano respondió, en enero de 2021, con una serie de medidas financieras que únicamente lograron agravar la situación de la clase proletaria: el tradicional sistema de dos monedas (peso cubano, de uso normal en la isla y peso convertible, utilizado para el comercio internacional) ha desaparecido, quedando en pie únicamente el peso cubano fijado a una tasa de convertibilidad de 24 pesos por dólar. Con ello se genera una devaluación de la moneda para el sector económico estatal, que es el único en condiciones de importar los bienes necesarios para la vida diaria en Cuba, y por lo tanto una drástica subida de precios de estos bienes. Así, el gobierno «socialista» de Díaz-Canel procedió a eliminar las subvenciones a casi todos los productos básicos. Como compensación, el gobierno incrementó salarios y pensiones hasta en un 450%... una medida del todo inútil cuando existe un problema fundamental de carestía de bienes y servicios y que por lo tanto no mejora el poder adquisitivo de los proletarios cubanos.

Esta situación catastrófica algunos comentaristas internacionales la comparan con lo que supuso en términos económicos el famoso «periodo especial», es decir la larga década que transcurrió después de que la implosión del bloque del Este dejase a Cuba sin su principal fuente de abastecimiento y su principal comprador en el mercado internacional. Entonces los disturbios del conocido como «maleconazo» en 1994 y la «crisis de los balseros» en los años posteriores fueron la respuesta que los proletarios cubanos dieron a la crisis económica y social que vivía el país. Una respuesta desesperada, que llevó a la muerte a decenas de cubanos que se ahogaban en el mar Caribe, y que fue rápidamente sofocada dentro del país por una combinación muy conocida de fuerza represiva y persuasión a cargo de los principales líderes del gobierno.

Hoy la realidad es completamente diferente a la de entonces. En primer lugar porque los años transcurridos tanto desde la revolución castrista de 1959 como de la caída del bloque de países del Este en 1991 han contribuido a diluir la ilusión, que tanto pesó, en el supuesto «socialismo cubano»: las medidas económicas, políticas y sociales con las que se salió de la crisis del «periodo especial» han debilitado enormemente la creencia en que gobierno y proletariado cubano marchan juntos hacia el socialismo o, si quiera, hacia la derrota

del imperialismo norteamericano.

En segundo lugar porque precisamente esas medidas, que se aceleraron a partir de la llegada al poder de Raúl Castro y que iban destinadas a favorecer una «apertura» de la economía cubana tanto a los mercados internacionales (principalmente al turismo) como a pequeño comercio local, mediante la liberalización de ciertas actividades de compra venta ha provocado un incremento de la polarización social. Por un lado, la casta conformada por la cúpula militar y los líderes del Partido «comunista» que controlan las empresas nacionales no han dejado de reafirmar un poder inamovible que a medida que pierde su ascendente entre las masas debe reaccionar con mayor violencia contra estas. En segundo lugar, una pequeña pero consistente capa de clase media, de pequeña burguesía, enriquecida con la apertura comercial y que ha sido capaz de utilizar la liberalización del comercio para mejorar su posición económica mediante los establecimientos que compran y venden sólo en dólares, etc. Finalmente, una masa proletaria en el campo y la ciudad, tradicionalmente empleada por una u otra rama del sector público, que padece los vaivenes económicos sin ninguna perspectiva de mejora, sin posibilidad de organizarse sindical o políticamente y por supuesto sin poder acceder a las «ventajas» de los espacios de libre comercio que se abrieron durante los últimos seis años.

Las revueltas de los últimos días han puesto en juego tanto a esta clase proletaria como a la pequeña burguesía. Esta última se ha visto afectada también con dureza por las medidas financieras del pasado enero, lo cual ha contribuido a acrecentar un enfrentamiento contra el gobierno que maduraba lentamente a través de grupos artísticos, de opinión, etc. como el llamado «movimiento San Isidro». Es esta clase media la que lanza las consignas de «democracia» y «libertad» o la de «patria y vida» (por contraposición al célebre «patria o muerte»), que se escucharon en las protestas. Todo su interés está puesto en capitanear el descontento social, en lograr ponerse al frente de los proletarios que salen espontáneamente a la calle para imponer sus propias exigencias, que obviamente difieren tanto en lo político como en lo económico de las de la clase obrera. Esta pequeña burguesía, que aspira únicamente a ver reconocido su estatus económico mediante una entrada moderada en las estructuras estatales, que a su vez le permita reforzar ese estatus, es también la coartada de todas las potencias imperialistas europeas y americanas que tienen interés en forzar un cambio de gobierno en Cuba.

(sigue en pág. 15)

Francia: Manifestaciones contra el «pase sanitario» ¡La lucha contra el autoritarismo burgués sólo puede llevarse a cabo con posiciones de clase proletarias!

El sábado 24 de julio, decenas de miles de personas (más de 160.000 según fuentes policiales), muchas más que los «antivacunas» que en principio rechazan cualquier vacunación, se manifestaron de nuevo en decenas y decenas de pueblos y ciudades contra el «pase sanitario» y otras medidas del gobierno anunciadas ante la pandemia, como las amenazas de despedir al personal que se niegue a vacunarse, las multas o incluso la cárcel por no mostrar el pase sanitario, etc. Las enfermeras que el año pasado tuvieron que atender a los pacientes sin poder protegerse adecuadamente corren ahora el riesgo de ser despedidas si no lo cumplen.

Estas medidas autoritarias (que, por cierto, contradicen las declaraciones realizadas unas semanas antes...) (1) forman parte de una lógica represiva implementada por los gobiernos, bajo diversos pretextos, mucho antes del inicio de la pandemia. Es una tendencia subyacente que responde a la inexorable exacerbación de las tensiones sociales a medida que las dificultades del capitalismo le obligan a aumentar la explotación del proletariado reduciendo aún más los gastos sociales, denunciados por supuesto como «cargas» intolerables para la burguesía (Macron, 06/12/2018: «la asistencia social cues-

ta *«mucho dinero»*). Esta tendencia se manifestó con una fuerza y eficacia sin precedentes cuando en muchos países, desde América Latina hasta Asia, pasando por África u Oriente Medio, los gobiernos adoptaron confinamientos para romper las luchas proletarias y superar sus problemas con el fin de mantener la paz social.

Asimismo, la imposición de sucesivos encierros, el estado de emergencia permanente y la adopción de medidas autoritarias por parte del gobierno francés tiene su origen en el hecho de haberse enfrentado anteriormente al movimiento de los Chalecos Amarillos y a las luchas contra el ataque a las pensiones. Esto también explica la reciente aprobación de leyes represivas denominadas de «seguridad global» y contra el «separatismo». El Gobierno no piensa detener sus ataques antisociales, aunque la reducción de las prestaciones por desempleo se haya aplazado hasta principios de octubre y el ataque a las pensiones aún más (Martínez, el jefe de los bomberos sociales, advirtió que de lo contrario sería como «*añadir aceite al fuego!*»). (2). Se prevé que la reducción de las ayudas a la vivienda en vigor desde principios de año ahorre al Estado más de mil millones de euros en 2021, mientras que las ayudas y subvencio-

nes a los empresarios se han multiplicado.

En una situación en la que sigue amenazando una oleada de despidos y planes sociales (175.000 puestos de trabajo estarían en peligro según la OFCE, Capital, 15/07/21) y en la que la tan careada recuperación económica resulta cada vez más problemática, es inútil esperar un ablandamiento de la clase capitalista y de su gobierno.

Las manifestaciones contra el pase sanitario tuvieron lugar bajo el grito de ¡libertad! democracia! en nombre del individualismo y detrás de banderas azul-blancas-rojas, señal de su naturaleza política predominantemente pequeñoburguesa. Por eso, al igual que en los demás grandes países donde se han producido estas manifestaciones (Estados Unidos, Alemania, etc.), hay corrientes de extrema derecha. La creencia en una democracia ideal y las ilusiones de una lucha «popular» e interclasista que podría hacer retroceder al gobierno son típicas de cualquier movimiento pequeñoburgués, incapaz de comprender que la más democrática de las democracias nunca es más que la máscara de la dictadura de la clase dominante burguesa

(*sigue en pág. 16*)

(*viene de la pág. 14*)

Por su parte, la clase proletaria se presenta a la lucha con las manos desnudas. Y esto no sólo porque de nuevo ha puesto su cuerpo desarmado frente a policías y militares, sino porque sobre ella todavía pesa con demasiada fuerza el falso mito del «socialismo nacional» cubano. La presión de más de sesenta años de gobierno de los Castro, líderes antaño de la revolución, y de alineamiento con este gobierno y contra la presión del imperialismo norteamericano, todavía es capaz de evitar que los proletarios cubanos reconozcan en ese régimen capitalista disfrazado de «socialismo» y en ese falso partido «comunista» en el cual se organiza su enemigo de clase, el verdadero enemigo a abatir.

Es por ello que, más allá de los disturbios espontáneos, las dificultades que afronta el proletariado cubano para romper con la política de colaboración entre clases que supone la defensa del «Estado socialista» son inmensas: ni sobre el terreno de la lucha económica inmediata, en el cual el Estado controla todas las organizaciones sindicales existentes, ni sobre el terreno de la lucha política, consigue ir más allá.

Pero cada una de estas explosiones sociales, de las que auguramos habrá muchas más, cada una de estas revuel-

tas, contribuyen a mostrar la cruda realidad: en Cuba existe el capitalismo, existe por lo tanto la clase proletaria y existen sus enemigos de clase, la clase burguesa dominante cubana, por reducida que sea, y los estratos de la pequeña burguesía urbana y rural que han desarrollado la función de pegamento social durante el dominio político castrista y falsamente socialista y que, una vez se acabaron las ayudas provenientes de Rusia y de los países del Este europeo a ligados a esta y aquellas del chavismo, se refiere siempre a un protector de más altura, el imperialismo de los Estados Unidos, que no es otra cosa que uno de los grandes enemigos de los proletarios de todos los países. A medida que esta realidad se hace más visible, el mito del «socialismo cubano» se va erosionando y la presión, ideológica y material, que ejercía sobre los proletarios se va debilitando.

La importancia de este hecho no tiene un alcance únicamente nacional cubano: el mito de la Cuba «socialista» se extiende mucho más allá de sus fronteras. En primer lugar a América Latina, donde el propio Estado cubano de una manera u otra ha hecho valer este mito para defender sus intereses nacionales y donde ha encontrado siempre un gran arraigo entre la clase proletaria y las masas populares. En segundo lugar al resto del mundo, empezando por España, donde la adhesión, aunque sea en

términos «humanitarios» y contra el bloqueo norte americano, sigue siendo una referencia de primer orden para las fuerzas locales del oportunismo político y sindical.

El valor de los motines de los últimos días está, por lo tanto, en son expresión de una fuerza social que tiende inevitablemente a mostrar que la lucha de clase del proletariado, en cualquier país y en cualquier circunstancia, continúa siendo la gran cuestión en el mundo burgués. Que incluso allí donde la burguesía ha tenido que disfrazar su dominio bajo el disfraz del falso socialismo, este tiende a caer a medida que las exigencias de la propia sociedad burguesa, que llevan a crisis periódicas y a fases de miseria cada vez más frecuentes para el proletariado, vuelve a poner la lucha de clase en primer lugar.

¡Contra el falso «socialismo» nacional!

¡Contra las exigencias democráticas de la pequeña burguesía!

¡Por el retorno de la lucha de clase del proletariado!

¡Por la reconstitución del Partido comunista, internacional e internacionalista!

Partido comunista internacional (el proletario)
15/07/2021

Italia: protestas en muchas ciudades contra el llamado «pase verde», al grito de «libertad, libertad», «¡no a la dictadura sanitaria!» ¿Pero qué «libertad»?

El sábado 24 de julio, en Roma, Milán, Génova, Turín, Nápoles, Bolonia, Florencia, Verona, pero también en Aosta, Verona, San Remo y decenas de otras ciudades, hubo manifestaciones contra la obligación de vacunarse contra la Covid-19, el certificado de vacunación (o test negativo) -el llamado pase verde- con el que se tendrá libre acceso a partir del 6 de agosto junto a restaurantes, bares, teatros, estadios, en fin, todos aquellos lugares donde es normal que se reúna gente en el interior, y por supuesto en los viajes en tren, avión, barco, etc. Tras las grandes manifestaciones contra el pase verde en Francia -con más de 160.000 manifestantes en las distintas ciudades (1)- también en Italia se movilizó este sábado una masa heterogénea de 80.000 personas «antipase verde», que continuaron también en los días siguientes. Los periódicos y los reportajes de radio y televisión han destacado que una mezcla diversa de «No-Vax», estudiantes, antirracistas, gente asustada en la que se han colado grupos de extrema derecha -desde ForzaNuova hasta Casa Pound- llenaron las plazas italianas protestando contra la vacu-

nación obligatoria.

Que el pase verde, tal y como lo ha ideado el gobierno de Draghi, es un disfraz de la obligación de vacunar según las directrices que el propio gobierno ha dado (a pesar de haber afirmado desde el principio que esta vacunación no era obligatoria) y representa una gigantesca broma es ya evidente. El gobierno, el Presidente de la República, los parlamentarios, los movimientos políticos en general, todos se remiten a la Constitución: unos declarando que las medidas adoptadas, desde el encierro hasta el toque de queda, desde las mascarillas hasta el pase verde, etc., son totalmente coherentes con la carta constitucional, mientras que otros, en nombre de la libertad individual, declaran que no se puede imponer una asistencia sanitaria si la persona a la que se quiere imponer no está de acuerdo, y mucho menos una vacunación... Lo bueno de la democracia burguesa es que siempre deja los textos de las leyes abiertos a la interpretación, en función de los intereses partidistas. No hace falta decir que, 99,9 veces de cada 100, los intereses más fuertes (económicos, financieros, políticos,

privados o públicos) ganan fácilmente.

En el caso de la actual pandemia, Sars-Cov2, cuyas cifras oficiales de la OMS hablan, un año y medio después de su primera aparición, de 190.770.507 casos confirmados en todo el mundo y 4.095.924 muertes, el panorama general que se presenta se ha asemejado a una guerra en la que el enemigo -invisible- es, precisamente, el coronavirus Sars-Cov2. Por lo tanto, en cierto sentido, las medidas que toman los gobiernos son casi medidas «de guerra»; y deberíamos agradecer a los gobiernos democráticos si, a diferencia de los gobiernos autoritarios -como por ejemplo en China-, en Europa o América la gente sigue siendo «libre» de manifestar su oposición en las calles...

En esta «guerra» -el coronavirus contra la población mundial- los 190 millones y más de infectados serían los heridos, y los más de 4 millones de muertos, los muertos; en esta guerra, el agresor -el coronavirus- ha prevalecido hasta ahora sobre la población humana porque atacó de forma repentina, porque su contagio y letalidad eran desco-

Francia: Manifestaciones contra el «pase sanitario»

(viene de la pág. 15)

Sin embargo, estas manifestaciones también atraen, como siempre en estos casos, a elementos proletarios que desean demostrar su hostilidad al poder. Pero en ausencia de una fuerza de clase, sus intereses se ahogan en la melaza de una falsa unanimidad «popular» dominada por todas las ilusiones pequeñoburguesas.

Las corrientes de izquierda y de «extrema» izquierda que apelan a ella no lo hacen para defender una orientación de clase que rompa esa unanimidad, sino todo lo contrario. Así, un texto «unitario» firmado por France Insoumise, Solidaires, NPA, UNEF, etc., fundamenta su oposición al pase sanitario en la forma «antidemocrática» en que se ha tomado la decisión de introducirlo, «por un solo hombre» (!), un método «que genera fuertes tensiones, perjudiciales en medio de una crisis epidémica» (!), y concluye apelando a la contribución «de las multinacionales y los más ricos» a la «solidaridad nacional» (!) (3). Como si Macron decidiera por su cuenta en función de lo que tiene en mente, como si el propio capitalismo no generara constantemente tensiones y como si la solidaridad nacional no fuera una estafa propagada por la clase dominante!

En realidad, Macron y su gobierno no son más que los administradores del poder burgués, que navegan según los intereses, a veces contradictorios, de la burguesía. Y las fuertes tensiones que nuestros demócratas temen indican, por el contrario, la vía de salvación del pro-

letariado frente a la presión y la opresión burguesa: la vía de los enfrentamientos abiertos contra los capitalistas y su Estado, la vía de la reanudación generalizada de la lucha de clases contra el capitalismo.

El capitalismo y los estados burgueses son los responsables últimos de la catástrofe sanitaria mundial de la pandemia por su negligencia criminal a todos los niveles hacia las necesidades de la salud pública. Desde el principio, han respondido a esta pandemia aumentando desproporcionadamente su control social, prohibiendo, reprimiendo, con todas sus fuerzas; en una palabra, vertiendo las consecuencias de un modo de producción basado en la búsqueda «a toda costa» del beneficio sobre la población en general, pero sobre todo sobre los proletarios obligados a trabajar sin protección o sumidos en la pobreza. Las últimas medidas anunciadas lo demuestran una vez más, amenazando a los trabajadores con el despido y cargando de nuevo su vida cotidiana (¡mientras que los diputados se han eximido del pase sanitario para sentarse en el parlamento!); incluso si la vacunación fuera eficaz, no puede por sí sola superar la epidemia en la ausencia todavía conspicua de hospitales y medios de prevención: sus medidas de emergencia están dictadas en realidad no por las necesidades sanitarias de la población, sino por las necesidades de la economía capitalista.

Contra la presión inexorablemente creciente del capitalismo, de la que el pase sanitario es sólo un ejemplo, las marchas, por muy numerosas que sean, serán siempre totalmente insuficientes:

sólo una fuerza suficientemente poderosa puede hacer retroceder al poder antes de derrocarlo. Esta fuerza es la del proletariado, en la medida en que redescubre sus armas y sus orientaciones de clase y en la medida en que reconstituye su partido, revolucionario e internacionalista, para dirigir su lucha hasta la victoria final. En un futuro más o menos próximo, el proletariado será llamado de nuevo a luchar para defenderse; la burguesía se está preparando para esa lucha. El proletariado debe también prepararse, prepararse para luchar en su propio terreno, el del choque de clase contra clase.

¡Contra todas las ofensivas antiproletarias debemos volver a la lucha de clases contra el capitalismo y el Estado burgués!

(1) «El pase sanitario nunca será un derecho de acceso que diferencie a los franceses. No podría ser obligatoria para acceder a lugares de la vida cotidiana como restaurantes, teatros y cines (...)» entrevista a Macron en el Parisien, 29/04/2021

(2) Declaración sobre LCI, 07/05/2021

(3) Libération, 22/07/2021. Si entre los firmantes figuran dirigentes sindicales de la CGT, esta última, como organización, no se considera implicada, sin duda por no querer comprometer su condición de interlocutor social responsable.

Partido Comunista Internacional
26 de julio de 2021

nocidos y porque los Estados fueron tomados por sorpresa. En el curso de esta guerra, y ante un número cada vez mayor de muertos y heridos en todos los países del mundo, la ciencia de la burguesía, con todos sus vírologos, infectólogos, epidemiólogos, etc., apoyados por gigantescas estructuras químico-farmacéuticas multinacionales, salió a la palestra para lanzar la palabra *urbi et orbi*: ¡el arma que vencerá a Covid-19 será la vacuna!

En el pasado, ante las epidemias o pandemias, como el Mers, el SARS, el VIH, el Ébola, etc., se necesitaron años y años de investigación y pruebas para dar con vacunas que fueran eficaces no tanto para derrotar de una vez por todas las enfermedades víricas más graves -en las que se cruzan los factores naturales que las provocan con la intervención del hombre en el medio natural, y esta combinación no puede resolverse con una «poción mágica»- como para reconocer sus elementos esenciales para poder identificarlas y tratarlas a sabiendas de que seguiría habiendo muertos y heridos. Esta vez, las grandes farmacéuticas han preparado las vacunas en unos pocos meses. Como si ya supieran a qué se enfrentan. De hecho, es evidente que se han llevado a cabo una serie de investigaciones y pruebas sobre la base del SARS de 2003, hasta el punto de que en conferencias internacionales la Fundación Bill y Melinda Gates (especializada en la investigación para producir vacunas) fue capaz de simular una próxima pandemia de SARS con extrema precisión.

El enemigo invisible, el Sars-CoV2, apareció efectivamente, pero en un momento en que la economía mundial acababa de salir de una profunda crisis económica que duró, al menos para algunos países, desde 2008 hasta 2012-2014, y de la que los países más industrializados se esforzaban por recuperarse, salvo a costa de un endeudamiento cada vez mayor y de un aumento de las tensiones interimperialistas, no sólo en relación con China, cada vez más agresiva en el mercado internacional, sino también dentro de zonas de mercado decisivas como Europa, América del Norte y el Sudeste Asiático. Las crisis económicas del capitalismo desde principios del siglo XX se caracterizan todas por la sobreproducción, que puede afectar a un gran país, a varios países o al mundo entero. Y en las crisis de sobreproducción, el principal problema, desde el punto de vista económico, es liberar los mercados de las enormes cantidades de mercancías no vendidas y, desde el punto de vista político, es aprovechar la mayor debilidad de los competidores para someterlos y conquistar sus mercados. La guerra es un instrumento capitalista eficaz para destruir inmensas cantidades de mercancías sobreproducidas -y de excedentes de mano de obra asalariada-, abriendo así la posibilidad de que el capital más fuerte y sólido renueve los ciclos de producción y, por tanto, de explotación y ganancia. Desde el final de la Segunda Guerra Mundial no ha habido un año de verdadera paz en ningún lugar del mundo. El capital ama la paz siempre que promueva los beneficios, pero la competencia entre empresas y entre Estados es tal que si hay paz en algunos países o en determinadas zonas geopolíticas, en otros países y en otras zonas hay guerra en la que todos los grandes países imperialistas están

interesados directa o indirectamente.

¿Qué tiene que ver la pandemia con todo esto?

Tiene que ver, porque su advenimiento ha tenido un desarrollo -de hecho, deliberado- que ha beneficiado a los grandes países imperialistas, por un lado, en términos de beneficios, con las grandes farmacéuticas y todas las industrias relacionadas haciendo todo lo posible, y por otro lado, en el plano social, porque ha dado a todos los gobiernos burgueses la oportunidad de aprovechar una crisis sanitaria que se ha extendido por todo el mundo para recalibrar sus medios legislativos, políticos y administrativos con el fin de aumentar el control social sobre el proletariado. No olvidemos que los beneficios capitalistas surgen de la explotación del trabajo asalariado -y la clase burguesa también lo sabe-, por lo que el proletariado es la clase de la que la burguesía dominante puede esperar, tarde o temprano, un levantamiento que ponga realmente en peligro su dominación, su poder.

La burguesía de todos los países se prepara constantemente para hacer frente a las consecuencias de las crisis económicas de su propio modo de producción; sabe perfectamente que tarde o temprano la competencia en los mercados la pondrá en serias dificultades, por lo que se esfuerza en desarrollar políticas y medios que le permitan combatir la competencia de la mejor manera posible. Pero también es lo suficientemente inteligente, dada su experiencia de siglos como clase dominante, como para no olvidar que su verdadero enemigo interno es el proletariado, la clase que produce bienes y valora su capital. Por lo tanto, debe combatirla, pero también tratar de convertirla en su aliada, debe chantajearla, saquearla, explotarla al máximo, pero también tratar de dividirla en estratos diferenciados, y privilegiar a algunos de ellos para que el proletariado luche entre sí en lugar de luchar, uniéndose en terreno de clase, contra el verdadero enemigo de clase, es decir, la burguesía.

La burguesía tiene que defender sus intereses de clase y de poder a todos los niveles, dentro y fuera de su país; pero para ser más fuerte frente a la competencia exterior necesita unir a las clases dentro de su propio país, necesita la unidad nacional, la cohesión nacional, y trata de conseguirlo, por supuesto, al menor precio posible. Y para este objetivo no puede dejar de involucrar a los estratos de la pequeña burguesía, fácilmente llevados a movilizarse enarbolando la bandera de la democracia -que la gran burguesía no tiene escrúpulos en pisotear cada vez que sus intereses básicos están en peligro- y dejar que ventilen su sagrada «libertad individual» en las calles y plazas, esa libertad para hacer negocios, para explotar el trabajo asalariado y preferentemente fuera de los libros, esa libertad para expresar el racismo o la rabia de perder un negocio por el cierre o simplemente por un competidor más inteligente.

Sobre la base de la división del proletariado en estratos diferenciados, la burguesía ha favorecido y apoyado la formación de organizaciones proletarias oportunistas y colaboracionistas a nivel sindical, económico y político. Y esto ha beneficiado ciertamente a la conservación social, y por tanto al poder burgués. Pero todo esto no es

suficiente para asegurar a la burguesía que el proletariado no se levantará contra ella en el futuro, no se organizará como una clase distinta con sus propios objetivos políticos, no se reconocerá como la única clase que produce materialmente la riqueza del país pero que no disfruta ni siquiera de una migaja de ella, y como la única clase capaz de luchar por una perspectiva histórica que supere completamente la sociedad dividida en clases, la sociedad que vive de la explotación del hombre sobre el hombre, la sociedad que ha transformado todos los productos, la tierra, el mar y el propio hombre en mercancías.

Así que es muy conveniente, cuando el proletariado aún no ha despertado del largo sueño en el que ha caído y en el que ha perdido la fe en su fuerza social, en su fuerza de clase, darle una nueva paliza en términos de condiciones sociales aún más perturbadoras, aún más aislantes, aún más humillantes.

Basta con ver las medidas de encierro, toque de queda, aislamiento, vacunación obligatoria tomadas a lo largo de este año y medio de Covid-19, desde el punto de vista de la vida cotidiana proletaria para comprender que la verdadera intención de la burguesía y su Estado no es «proteger la salud de sus ciudadanos», sino evitar que el aumento de los contagios provoque «enormes efectos en los procesos de trabajo en las empresas», como ha declarado el jefe de la Cancillería alemana Helge Braun (2), repitiendo la cantinela que todos repiten, desde Draghi a Macron, desde Biden a Boris Johnson.

Pero más allá de las reacciones políticas contrapuestas entre Estado y Estado, en cuanto a las medidas adoptadas para contener la propagación del virus y el inicio de la investigación científica y farmacológica para encontrar las «armas» más adecuadas para combatir el Covid-19, y más allá de los intereses totalmente contrapuestos entre Estado y Estado, y entre las mismas Big Pharma implicadas en la investigación y producción de vacunas, el denominador común que ha unido y une a los gobiernos de todo el mundo es la primacía absoluta de los intereses económicos de cada economía nacional y, por tanto, de cada Estado. Intereses económicos que responden a un mismo modo de producción, el capitalismo, cuyas leyes objetivas han trascendido siempre todas las fronteras nacionales, y sobre el que ningún Estado, ni siquiera el más fuerte, ni ninguna multinacional, ni siquiera la expresión de una hipotética unificación de todos en una única superorganización imperialista, tienen el poder de cambiar de arriba abajo. La ley del beneficio capitalista, y por tanto de la explotación del trabajo asalariado, con todas las contradicciones y tensiones sociales que ello conlleva, reina como Júpiter en el Olimpo burgués mundial, y todos los capitalistas y todos los gobernantes y sus adláteres están sometidos a esa ley, les guste o no.

Pues bien, para protestar contra una de las muchas imposiciones que los gobiernos burgueses implementan en defensa del «bien del país», del «bien de la economía» y, en el caso de la pandemia de Covid-19, para «volver a la normalidad», en la práctica para «vivir» como antes, es decir, para hacer negocios como antes, para explotar como antes, y tal vez aún más, para disfrutar de su dine-

(sigue en pág. 18)

(viene de la pág. 17)

ro y propiedades como antes - invocar una «libertad» individual que sólo está escrita en un papel - «constitucional», como se quiera - es una ilusión y un enorme desperdicio de energía. Ilusión porque la «libertad» individual, que la burguesía defiende y difunde en todos los países, es un pilar de su ideología y de su política, sólo que la aplica exclusivamente en beneficio de la propiedad privada, de las relaciones burguesas de producción y propiedad y, por tanto, en general, de los intereses de la clase burguesa en su conjunto y, en particular, de la gran burguesía. Por lo tanto, manifestarse a favor de la «libertad» individual mientras se sostiene todo el sistema económico-político burgués -por lo tanto, en una palabra, el capitalismo- es como moverse en un enorme cuenco controlado por los mismos poderes contra los que se protesta. La libertad de manifestarse de esta manera es más que reconocida, ya que hace el juego al poder burgués, porque da rienda suelta a las tensiones que este mismo sistema económico-político genera. Básicamente nada cambia con respecto a las relaciones normales de poder entre la gran burguesía y las múltiples capas de la pequeña burguesía que, en tiempos de crisis económica (no importa si es causada por una pandemia o una guerra, un colapso económico debido a la sobreproducción o la especulación bancaria y financiera), inexorablemente van a la ruina.

Otra cosa es manifestarse, y luchar, contra el autoritarismo burgués con los medios y métodos de clase que los proletarios pueden desplegar cada vez que son despedidos a causa de la reestructuración de las empresas, la introducción de nuevas tecnologías para sustituir a un determinado número de trabajadores, o el cierre de fábricas porque no son suficientemente «rentables»; y cuando luchan por unas condiciones de trabajo menos bestiales, menos dañinas y que pongan en peligro la vida de los trabajadores, que luchan por unos salarios más altos y que, al participar en formas de lucha que al menos buscan socavar los beneficios capitalistas generados por su trabajo, se ven sometidos al chantaje de los empresarios y a la represión policial. Esa «libertad» para manifestarse, para luchar por los propios intereses, es tolerada por el poder burgués a condición de que no ponga en peligro los beneficios de las empresas, a condición de que no dé ejemplo a otros proletarios, a otras luchas, a condición de que se mantenga dentro de los límites en los que los poderes burgueses consiguen controlarlos, y desde hace más de un siglo los sindicatos y las organizaciones políticas del colaboracionismo interclasista se encargan de ello.

En la lucha de la clase proletaria, desde el terreno inmediato de la defensa de los intereses económicos básicos, la libertad «individual» -la libertad de protestar, de manifestarse, de hacer huelga, de organizarse, de reunirse, de expresar objetivos aún más elevados que los intereses inmediatos y los objetivos políticos más generales- se ha conquistado a través de luchas extremadamente duras. Estas luchas han tenido lugar durante más de un siglo y medio y se repiten objetivamente cada vez que la burguesía ejerce una mayor presión sobre sus condiciones de vida y de trabajo. Esto demuestra que la libertad

individual de cada proletario depende estrechamente del movimiento colectivo. Pero también muestra por qué la acción del oportunismo colaboracionista pretende aislar a los proletarios que están preparados, y tal vez organizados, para luchar con medios y métodos de clase: el colaboracionismo sabe que para doblegar a los proletarios a las exigencias empresariales o estatales del capitalismo debe aislar a todos aquellos elementos que, por el contrario, expresan una sana reacción de clase a las imposiciones empresariales o estatales.

En el caso concreto de las vacunas, y luego el certificado de vacunación se produjo, el gobierno ha acordado con la Confindustria no sólo la posibilidad - en las empresas equipadas internamente con una enfermería - de vacunar a sus empleados dentro de las mismas empresas, sino también depoder de suspender o despedir a los empleados que se niegan a vacunarse. Como ya ha sucedido con el personal sanitario, como demostró el Tribunal de Módena en el caso de dos fisioterapeutas de una RSA contratados por una cooperativa de Módena que fueron suspendidos sin sueldo por negarse a vacunarse (cuando aún no había entrado en vigor la Ley 44/2021 que imponía la obligación de vacunar al personal sanitario). La presidenta del Tribunal de Módena, Emilia Salvatore, dictó el auto nº 2467, el 23 de julio, con este motivo: «existe la obligación por parte del empresario de adoptar todas aquellas medidas de prevención y protección que sean necesarias para proteger la integridad física de los trabajadores», como si dijera, hecha la ley, encontrada la forma de evitarla incluso por un presidente del tribunal. En cuanto a las medidas de prevención y protección necesarias para proteger la integridad física de los trabajadores, ¿cómo es posible que cada día se produzcan al menos dos muertes y cientos de lesiones en el trabajo, y casi nunca esté implicado un «empresario»? Y, con toda probabilidad, lo mismo ocurrirá en septiembre u octubre en las escuelas y en toda la administración pública.

Independientemente del efecto beneficioso o no de la vacunación con las vacunas que son aceptadas por la OMS y los institutos nacionales de salud, el hecho es que nunca se sabe cuántos de los vacunados han tenido consecuencias negativas. Después de los casos de los vacunados con Astra-Zeneca, pero también con Pfizer y Moderna, que, en lugar de recuperarse, murieron, no se supo nada más. Obviamente. El poder necesita completar la operación de vacunación antes de septiembre/octubre para que la máquina de producción vuelva a funcionar a pleno rendimiento; y por eso las noticias que se difunden oficialmente hablan de «inmunizados» aunque es totalmente falso, ya que también se refieren a los que han hecho sólo la primera dosis y, en cualquier caso, ahora se establece que la protección de la vacuna (en este caso Pfizer y Moderna) en la administración de la primera dosis se declara durante no más de 6 meses, y 9 meses después de la segunda dosis. Lo que significa, si los científicos tienen razón al afirmar que la circulación del coronavirus Sars-Cov2, gracias a sus modificaciones (Delta es actualmente la más popular), continuará durante algunos años, que la

exigencia de vacunación se prolongará durante años, hasta la aparición de un nuevo virus -del tipo coronavirus o de otro tipo- al que se hará frente, con toda probabilidad, de forma muy similar a Covid-19.

Al chantaje del puesto de trabajo, a la competencia con los proletarios que, por razones de pura supervivencia, venden su fuerza de trabajo a menor coste, y a las condiciones laborales cada vez más onerosas, se suma el miedo a perder el empleo y el salario por el mero hecho de ejercer un derecho consagrado en la ley burguesa, la misma que convierte ese derecho en un delito.

La burguesía quiere que el proletariado agache no sólo la espalda sino también la cabeza. Luchar con las armas inocuas de una democracia que sólo es imaginación y con artículos legales que chocan con otros artículos de ley que pretenden exactamente lo contrario, no es una lucha, es un desperdicio de energía, es un esfuerzo que no trae ningún resultado real.

La respuesta al autoritarismo burgués, hoy en la obligación de vacunar, mañana en la obligación de no hablar, no escribir, no pensar (que en muchos países esto ya está en marcha), no puede darse en el terreno más favorable a la burguesía, es decir, el terreno de la democracia formal, de las ilusiones de tener derechos reconocidos sólo porque están escritos en un papel, sino en el terreno de la fuerza, en el terreno de la lucha de clases proletaria, que se basa en objetivos y organizaciones exclusivamente proletarias, y por tanto no puede ser compartida ni con la patronal, ni con el Estado, ni con las capas de la pequeña burguesía.

Las medidas adoptadas por los gobiernos burgueses no son una «dictadura sanitaria»; la clase burguesa dominante ejerce su dictadura de clase en todos los ámbitos, en todas las esferas laborales, sociales, culturales, científicas, de ocio, incluso en la familia y la religión. Es contra esta dictadura de clase que impone a toda la humanidad, y al proletariado en particular, un modo de vida que convierte al hombre en esclavo de la ganancia capitalista, en esclavo del mercado, en esclavo del trabajo asalariado, en esclavo de los prejuicios e ilusiones que lo vuelven ciego e impotente.

La salida está en la lucha de clases del proletariado, que pasa inevitablemente por el derrocamiento del poder burgués, por la destrucción del Estado burgués y, por tanto, del poder dictatorial de la clase burguesa, y por la instauración de la dictadura de clase del proletariado, porque sólo así será posible derrotar de una vez por todas a una sociedad que, para salvar los intereses de una minoría burguesa, condena a cientos de millones de seres humanos a la esclavitud, el hambre, la miseria y la muerte.

(1) Véase nuestro documento de posición: **Francia: Manifestaciones contra el «pase sanitario». La lucha contra el autoritarismo burgués sólo puede llevarse a cabo desde posiciones de clase proletarias.**

(2) Ver *il fatto quotidiano*, 25/7/2021

29 de julio de 2021
Partido Comunista Internacional
www.pcint.org

(viene de la pág. 20)

dad entre los trabajadores, aunque tuvieran que vadear el laberinto del corporativismo ingeniosamente inculcado por los sindicatos colaboracionistas.

También en este caso sólo hubo indignación por parte del gobierno. La Viceministra de Desarrollo Económico, Alessandra Todde, declaró: «El comportamiento de la empresa fue inaceptable. Cerrar una planta de golpe con un correo electrónico da la idea de mirar sólo la lógica del beneficio (¡sic!) sin respetar la dignidad de los trabajadores y el respeto a la legislación y la negociación italiana. Hemos estado en contacto con la dirección italiana y «DESEAMOS» que den un paso al frente y cambien su actitud.

Pero, ¿cómo puede cambiar su actitud una empresa multinacional que sólo persigue y existe para obtener beneficios? ¿Qué pasa con la liberación de los despidos? La dignidad de los trabajadores es pisoteada en primer lugar por la mala fe de la ministra y del gobierno que representa. «Todo es culpa del excesivo poder de las multinacionales», se hicieron eco los partidos y los sindicatos. Entonces, frente a este «poder excesivo», sólo se puede «ESPERAR» que las cosas se arreglen debido a un súbito remordimiento y sentimiento de culpa por parte de algún capitalista con rostro humano? Pero las desinversiones no se detienen.

Timken en Villa Carcina (Brescia) también despidió a 106 empleados de la noche a la mañana. El secretario general de Fiom en Brescia «expresa el deseo» de que se vuelva a la congelación de los despidos y se acelere la reforma de los amortiguadores sociales para proteger a los trabajadores incluso en situaciones de crisis. Tal vez no recuerde que en años pasados fueron los sindicatos italianos los que defendieron y fomentaron el recorte de la seguridad social con el lema «no a la asistencia, sí al trabajo». En vista de las crisis que se acercan, sabían que esta afirmación no hacía más que desconcertar, ya que el trabajo sería cada vez más precario y para menos trabajadores.

En otra empresa en crisis, Sider Alloys, antes Alcoa, en Portovesme (CA), después de los despidos y el fondo de despido, el gobierno, en respuesta a las protestas, concedió la movilidad con carácter excepcional, proporcionando así sólo un soplo de aire fresco parcial y temporal.

Sin embargo, las medidas más suaves afectan a la multinacional holandesa Stellantis, nacida de la fusión de los grupos PSA y Fiat Chrysler Automóviles, que controla 14 marcas de automóviles. Teniendo en cuenta la composición social de sus empleados, la empresa ha previsto unas 800 jubilaciones y una salida incentivada para 160 trabajadores de Carrozzeria Mirafiori. También se ofrecerán incentivos de despido para las Meccaniche, las Presse y las Costruzioni Stampi, también situadas en Mirafiori, así como para Teksid en Car-

magno y la antigua Tea en Grugliasco.

Pero la mayoría de las situaciones de crisis parecen concentrarse en el sur y las islas. Desde finales de los años 70, se han cerrado cientos de fábricas mediante el uso de Cig, Isu, la movilidad y las jubilaciones. Muchas empresas se enfrentan actualmente a esta crisis irreversible. La antigua Ilva de Taranto, un gigante del acero, está moribunda. En estos momentos se encuentra retenida por una ampliación de capital de 400 millones de euros tras un acuerdo en 2018 entre la multinacional Arcelor Mittal e Invitalia, empresa controlada por el Ministerio de Economía. Pero a partir de junio de 2021 se ha disparado el Cig para 4000 trabajadores. El sindicato media con una huelga estéril y una guarnición en la prefectura tratando de evitar una posible conexión con los trabajadores de Ilva en Génova. La coordinación entre los trabajadores de las dos plantas dificultaría el control de las luchas, pero, sobre todo, sería un ejemplo a seguir para los trabajadores de las otras empresas, consideradas demasiado peligrosas por sindicatos, partidos y gobierno.

La lucha de los trabajadores de Whirlpool en Nápoles ha estado en todas las noticias de la radio, la televisión y los periódicos. El tira y afloja entre los trabajadores y la empresa ha hecho oscilar las medidas de la multinacional estadounidense. En las diferentes reuniones del Mise se han producido los habituales «varazos» hacia la empresa americana por parte del gobierno, pero, de hecho, como recordamos, la liberación de los despidos ha favorecido a la multinacional americana que ha tenido las manos libres para los despidos masivos desde el 1 de julio de este año. Los trabajadores fueron relegados a asambleas y protestas dentro de la propia fábrica durante meses. Pero la situación no se resolvió, salvo una primera concesión de Cig otorgada por la propia empresa. La lucha se trasladó entonces al exterior de la fábrica. Los trabajadores alzaron la vista y comenzaron a ocupar primero las autopistas, luego el aeropuerto y finalmente el puerto de Nápoles, bloqueando las salidas de los transbordadores e hidroalas hacia las islas desde el muelle de Beverello. En el Maschio Angioino se colgó una gran pancarta con la inscripción WHIRLPOOL. Procesiones espontáneas en el centro de la ciudad. Las acciones de huelga dieron cierta visibilidad a los trabajadores.

Lo mismo ocurre con los parados organizados de la zona de Nápoles. El actual «Movimiento de Desempleados 7 de Noviembre» lleva casi una década luchando por un puesto de trabajo. Entre ilusiones, promesas y denuncias forman parte de una potencial protesta colectiva, pero desunida, sin conseguir nunca superar el aislamiento de facto entre ellos y los trabajadores de la fábrica y los despedidos, salvo en las manifestaciones de solidaridad. El aislamiento y el corporativismo que está arraigado entre los trabajadores ya que

la dirección de las luchas sigue estando en manos de los sindicatos y partidos oportunistas.

Dada la situación, la burguesía ha decidido atacar de frente. El traslado a lugares más productivos y la reducción de la mano de obra es una necesidad urgente para el imperialismo a nivel internacional. Y por ello se hace aún más necesaria la labor policial que los sindicatos confederales junto a los falsos alternativos realizan en las filas del proletariado.

Para romper este aislamiento, los proletarios despedidos y desempleados deben organizarse en una coordinación única que implique también a las fábricas activas. Pero para concretar esta coordinación, deben elaborar un programa de lucha unitario donde las reivindicaciones deben tener en cuenta únicamente los intereses del proletariado. Es decir, utilizando los métodos y medios de la lucha de clases:

- Huelgas sin preaviso, reducción drástica de la jornada laboral por igualdad salarial, delegados revocables en cualquier momento.

- Para los desempleados: salario de trabajo o salario de desempleo.

Reivindicaciones históricas, pero para ponerlas en práctica, los proletarios deben sacudirse décadas de práctica oportunista, colaboracionista y corporativista de los sindicatos tricolores, mediante la creación de organismos inmediatos e independientes de todo interés corporativo y oportunista.

La reanudación de la lucha de clases sólo se producirá a través de una serie de intentos de unificar a los proletarios de todos los sectores, de todas las edades, de todas las nacionalidades, ya sean activos o desempleados, y con el objetivo de organizarse en torno a reivindicaciones que defiendan exclusivamente los intereses proletarios. El camino es largo, difícil, plagado de trampas de todo tipo que los paladines del colaboracionismo interclasista no dejarán de inventar y aplicar. Pero es el único camino para el proletariado si no quiere ser aplastado cada vez más en las condiciones de impotencia y esclavitud.

Sólo con la reanudación general y duradera de la lucha de clases bajo la dirección de su partido comunista revolucionario, el proletariado aprenderá no sólo a luchar por objetivos unificadores inmediatos, como en una verdadera escuela de guerra, sino también a prepararse para luchar por objetivos políticos más generales e históricos -resumidos en la sociedad comunista, es decir, sin clases, de la especie- para cuya realización tendrá que derrocar el poder político de la clase enemiga por excelencia, la clase dominante burguesa.

Visita el sitio del Partido
www.pcint.org

Para que el proletariado no sea cada vez más aplastado en la esclavitud salarial y la impotencia social, ¡unificación de todas las capas proletarias, empleadas y desempleadas, contra el colaboracionismo y contra la competencia cada vez más aguda entre proletarios!

La crisis pandémica de los dos últimos años parece haber ocultado las verdaderas razones de la crisis industrial y financiera que atenaza al sistema capitalista de forma cíclica.

La contradicción entre el capital y el trabajo inherente al modo de producción capitalista -aumento progresivo del capital constante (maquinaria, nuevas tecnologías, materias primas, edificios, etc.) frente a una tendencia a la disminución proporcional del capital variable (salarios)- conduce a un aumento de la competencia en los mercados y a una inevitable sobreproducción de mercancías y de capital en relación con su posible localización, desencadenando así crisis cíclicas en el sistema capitalista que llevan a una búsqueda frenética de nuevos mercados (a través de guerras comerciales, políticas y financieras) y de mano de obra más barata a ritmos de trabajo más elevados, para hacer más competitivas las mercancías de cada empresa en un mercado internacional saturado. En consecuencia, los capitalistas se ven impulsados a deslocalizar ciertas empresas a otros países donde el trabajo asalariado es más productivo, es decir, cuesta menos por unidad producida. Este es el caso, sobre todo, de las multinacionales, que son la expresión emblemática de la fase imperialista del capitalismo, es decir, aquella fase de desarrollo en la que el capital excedente, para ser explotado, emigra del ahora restringido ámbito nacional a otros países para conquistar salidas al mercado o donde, precisamente, la extracción de plusvalía y, por tanto, la explotación del trabajo es mayor.

La plusvalía es el valor del tiempo de trabajo no remunerado del asalariado que el capitalista se embolsa en la propia fuente de producción. Cuanto más aumenta la técnica y la tecnología introducida en la producción, más disminuye el tiempo de trabajo diario que corresponde a la parte diaria del salario acordado con el trabajador, y más aumenta el tiempo de trabajo diario no remunerado, que corresponde, precisamente, a la plusvalía. Pero la técnica y la tecnología cada vez más innovadoras aplicadas a la producción y la distribución permiten al capitalista obtener la misma cantidad de producción, e incluso aumentarla, con menos trabajadores. Los parados, los «despidos», son una consecuencia directa del desarrollo del capitalismo, formando ese ejército industrial de reserva del que habla Marx en *El Capital*: así, el exceso de trabajadores va acompañado de un exceso de mercancías y de capital, poniendo en crisis todo el sistema económico y social.

Los grandes trusts, las grandes mul-

tinacionales, son una de las expresiones más típicas de la concentración capitalista con la que el capital trata de hacer frente a las crisis de sobreproducción y de equilibrar, aumentando enormemente la masa de sus beneficios, la tendencia a la baja de la tasa media de ganancia, la verdadera bestia negra del capitalismo.

Por tanto, no es una historia reciente que las multinacionales desinvirtan en un país y se instalen en otro. En los últimos 40 años, muchas fábricas multinacionales han abandonado Italia, lo que ha hecho que la tasa de desempleo del país se dispare. Sin embargo, a través de los amortiguadores sociales y la absorción de parte de los despidos en los servicios, tal vez creando empresas ad hoc que sólo existen sobre el papel, el capitalismo nacional ha garantizado hasta ahora una cierta paz social. El Estado burgués es el administrador y garante de esta política.

La indignación de estos días por parte de los sindicatos tricolores y los distintos partidos del arco constitucional hacia las políticas de las multinacionales forma parte de las muchas mistificaciones burguesas. El decreto-ley sobre trabajo y fiscalidad del 30 de junio lo deja claro. De hecho, el Gobierno de Draghi dio luz verde a la liberación de los despidos, con la excepción, por el momento, del sector textil, dejando vía libre a los empresarios para deshacerse del exceso de mano de obra. De hecho, con la abolición del artículo 18, los sindicatos italianos y el gobierno ya han sellado un importante resultado formal al disipar el mito de los derechos adquiridos también con respecto al lugar de trabajo. La huelga de dos horas del 19 de julio declarada por Fiom, Fim y Uilm, es la hoja de parra de los confederados que, con su precioso trabajo oportunista, acompañan desde hace décadas la política antiobrera de los distintos gobiernos que se han sucedido hasta ahora.

Las cerca de 47 mesas de crisis abiertas actualmente en Mises suponen que al menos 50.000 puestos de trabajo están en riesgo.

Los amortiguadores sociales se siguen utilizando en los países capitalistas más avanzados, como Italia, pero a medida que disminuye la extracción de plusvalía, los márgenes de utilización de las políticas sociales son cada vez más estrechos. La duración de estos amortiguadores es cada vez más corta y los pagos son cada vez más pequeños.

Esto dará lugar a un choque social que promete ser cada vez más sangriento.

El gobierno burgués, como siempre, en situaciones de crisis aguda, donde están implicadas las fábricas históricas,

no puede hacer más que tomar posiciones formales y abstractas sin perjudicar los intereses de las empresas. Ejemplos de ello, a estas alturas, son la moción aprobada por unanimidad en la Cámara de Diputados, que compromete al gobierno de Draghi a salvar la planta de Whirlpool en Via Argine, Nápoles, pero no está claro cómo; otra moción, esta vez aprobada por el consejo regional de Toscana, que protege, al menos sobre el papel, a los 422 empleados de la planta de GKN en Campi Bisenzio, en la provincia de Florencia, pero que de hecho siguen en situación de despido temporal; y de nuevo, la declaración del presidente de la región de Campania, De Luca, quien, en el comunicado n° 103 emitido tras la reunión con los sindicatos y trabajadores de Whirlpool, define la situación como insostenible y «espera», junto con sus asesores, que la próxima reunión con el presidente Draghi pueda representar un «punto de inflexión» en el conflicto al comprometer a una de las mayores empresas del país en un plan serio y creíble de reindustrialización.

El Estado, como sabemos, es el comité de empresa de la burguesía, y ninguna medida afectará en absoluto a los intereses generales de las empresas. Estas declaraciones no son más que posturas, que defienden una democracia formal de la que alardean constantemente todas las instituciones, pero que en realidad ocultan la dictadura de clase de la burguesía.

Sin embargo, no faltan las luchas y las reacciones espontáneas de los trabajadores.

Por ejemplo, tras el anuncio, el 9 de julio, del cierre de la fábrica GKN por parte de su propietario, el fondo inglés Melrose, los trabajadores protestaron forzando las puertas y ocupando la fábrica en asamblea permanente durante varias semanas. Dos días antes, la empresa había hablado de contratación y dos días después, al finalizar el turno de trabajo, la multinacional anunció el despido colectivo por correo electrónico.

El 27 de julio, ante el estancamiento, los mismos trabajadores salieron a la calle y organizaron una manifestación, intentando canalizar las protestas de los trabajadores de la cadena de suministro y otros. Unas 40 ambulancias con sirenas a todo volumen y otros ciudadanos se apresuraron a apoyar a los 422 empleados despedidos. Había miles de manifestantes. Había un atisbo de solidari-

(sigue en pág. 19)

Para leer todas las tomas de posición del partido visitad nuestro sitio:

www.pcint.org